

1847 EL SESQUICENTENARIO DE UNA INFAMIA

Raúl Arreola Cortés

Recordar la historia

Los pueblos, como los individuos, necesitan periódicamente repasar su historia, recordar los hechos del pasado y aprovechar sus enseñanzas. En el caso de los pueblos, este recuerdo contribuye a conservar las raíces, los seres, los hechos, las acciones y las circunstancias que les dieron origen, para no perder su identidad.

Pocos estudiosos se acogen ya a la antigua conseja de que la Historia era la maestra de la vida. En nuestros días, esa idea ha perdido credibilidad porque, a través del tiempo, se ha visto que muy poco o ningún provecho han obtenido las nuevas generaciones de las enseñanzas del pasado, supuesto que se han vuelto a cometer los mismos errores e iguales aberraciones. Por lo visto es muy mala maestra o la humanidad es pésima discípula o no existe tal magisterio de los hechos pasados en cuanto no influyen para mejorar el presente y el futuro. Avanzan la civilización y la cultura, la ciencia, la tecnología, las manifestaciones del arte y la expresión de las ideas. Se generalizan la civilidad y el saber, el confort y la sanidad, pero el hombre sigue siendo el lobo del Hombre como en los tiempos primitivos. Cambian las formas de exterminio y continuamos destruyéndonos. El ser humano actual anida en su corazón el mismo odio que dominaba al hombre de las cavernas y, tal parece que las enseñanzas de la Historia, los horrores que nos narra sobre crímenes, despojos, imposición del más fuerte, intolerancia, desprecio al prójimo, continúan vigentes y se repiten constantemente. La noche de San Bartolomé,



Auschwitz, Hiroshima, se repiten en nuestros días, sin justificación moral ninguna, como lo más natural del acontecer humano.

Cada generación debe recordar la historia de la tribu, para que permanezca viva la memoria de los pueblos. Quizá algún día, a fuerza de repetir la historia de tantas atrocidades y exaltar tantas cosas buenas que ha forjado el hombre, aprendamos las lecciones y sepamos escoger lo bueno y huir de la maldad. Es una esperanza lejana y un noble anhelo.

Hace ciento cincuenta años

El martes 12 de octubre de 1847, el Presidente de los Estados Unidos, James K. Polk, escribió en su Diario: "Reuní el gabinete hoy en mi oficina... comuniqué... mis puntos de vista respecto a la futura prosecución de la guerra de México... Fueron en sustancia: que la guerra debería proseguirse con mayor energía; que me oponía yo al retiro del Ejército, o la retirada hacia una línea defensiva, pero que estaba yo en favor de retener todos los puertos, pueblos, ciudades y provincias que hemos conquistado, impulsando nuestras operaciones militares e imponiendo contribuciones al enemigo por el sostén de nuestro Ejército. Estuve también en favor de que por derecho de conquista se establezcan gobiernos más firmes que los que ahora han existido sobre las ciudades o provincias que hemos conquistado. Me mostré también favorable a que se consigne en mi mensaje al Congreso en Diciembre próximo que las provincias de Nuevo México y de las Californias deberían retenerse por los Estados Unidos como indemnización, sin devolverlas a México, y que en estas provincias deberían establecerse gobiernos territoriales permanentes".¹

Es el lenguaje de un conquistador; al igual que Alejandro Magno, Gengis Kan o Hernán Cortés. Era la voz del más fuerte que impone condiciones terminantes a sus conquistados, por la ley de la selva. No son las circunstancias de una guerra común en la que se corre el riesgo de ganar o perder. Es el producto de una imposición dictada desde la cúspide de la insolencia y el orgullo sobre pueblos débiles.

El "derecho de conquista" se entiende, en el lenguaje de Polk, como

¹ Quaipe, M.M. *Diario del Presidente Polk. (1845-1849)*. Recopilación, Traducción, prólogo y notas de Luis Cabrera, México, Antigua Librería Robredo, 1948, T.I. p. 331.

la imposición de formas de gobierno y dominio absoluto sobre las ciudades y pueblos que las tropas norteamericanas iban ocupando. Además, el Presidente Polk fue muy claro (o cínico) al anticipar que Nuevo México y California debería retenerse como "indemnización" por los gastos de la guerra que ellos mismos habían desatado.

Pero veamos cómo se inició esta parte de nuestra historia, en la que México perdió la mitad de su territorio en una guerra escondida en los vericuetos de la diplomacia y en las acciones infames de quienes deseaban crecer, y crecieron, a costa de los intereses de su vecino.

Los Antecedentes

Todavía nuestro país se conocía como la Nueva España y ya empezaba a ser codiciado, al igual que los demás países del Continente Americano, por los angloamericanos. Esto había sido previsto con asombrosa sabiduría por el Conde de Aranda en el reinado de Carlos III (1777): "Esta república federal (Los Estados Unidos) ha nacido pigmea, pero día vendrá en que llegará a ser gigante y aun coloso formidable en aquellas regiones". España y Francia habían apoyado a los colonos ingleses a liberarse de su metrópoli; Aranda había sido el representante de la Corona española en la firma de los tratados de la paz, y por eso agregaba en su célebre escrito al rey: "Olvidará en breve los beneficios que ha recibido de las dos potencias y no pensará más que engrandecerse. Entonces su primer paso será apoderarse de las Floridas para dominar en el Golfo de México, y cuando nos haya hecho así difícil el comercio de la Nueva España, aspirará a la conquista de este vasto imperio, que no nos será posible defender contra una potencia formidable, establecida en el mismo Continente y contigua a él".²

Resulta asombrosa la previsión del señor Conde de Aranda, que era de un espíritu ilustrado y un buen observador de la realidad americana, que llegó a preveer con claridad el futuro de la Nueva España. Otro personaje que vio con mayor detalle los hechos que sobrevendrían al desarrollarse las colonias inglesas, emancipadas de Europa el 4 de julio de 1776, con el nombre de Estados Unidos de

² En: Martín Quirarte. *Visión panorámica de la historia de México*. México, 1996, p. 28.

América, fue Gayoso de Lemus, gobernador de la Luisiana, quien pedía ayuda al Gobernador y Capitán General de Cuba, el 2 de agosto de 1798, para la defensa de su territorio "de las incursiones de los angloamericanos que, a imitación de muchos insectos destructores, van siempre ganando hacia el Oeste". El señor Gayoso habla de los métodos de que se valen para la penetración y conquista de nuevos territorios: "Primero se familiarizan con los indios, tratan con ellos, y después hacen contrabando con todos los nativos de México; algunos quedan en aquellos territorios y no tardará mucho sin que hagan establecimientos en ellos, de donde no será fácil removerlos. Hallándose un número suficiente establecerán sus costumbres, leyes y religión, a que seguirá formarse en Estado independiente, agregándose a la Unión General, que no los rehusará, y así progresivamente llegarán al Mar Pacífico".³

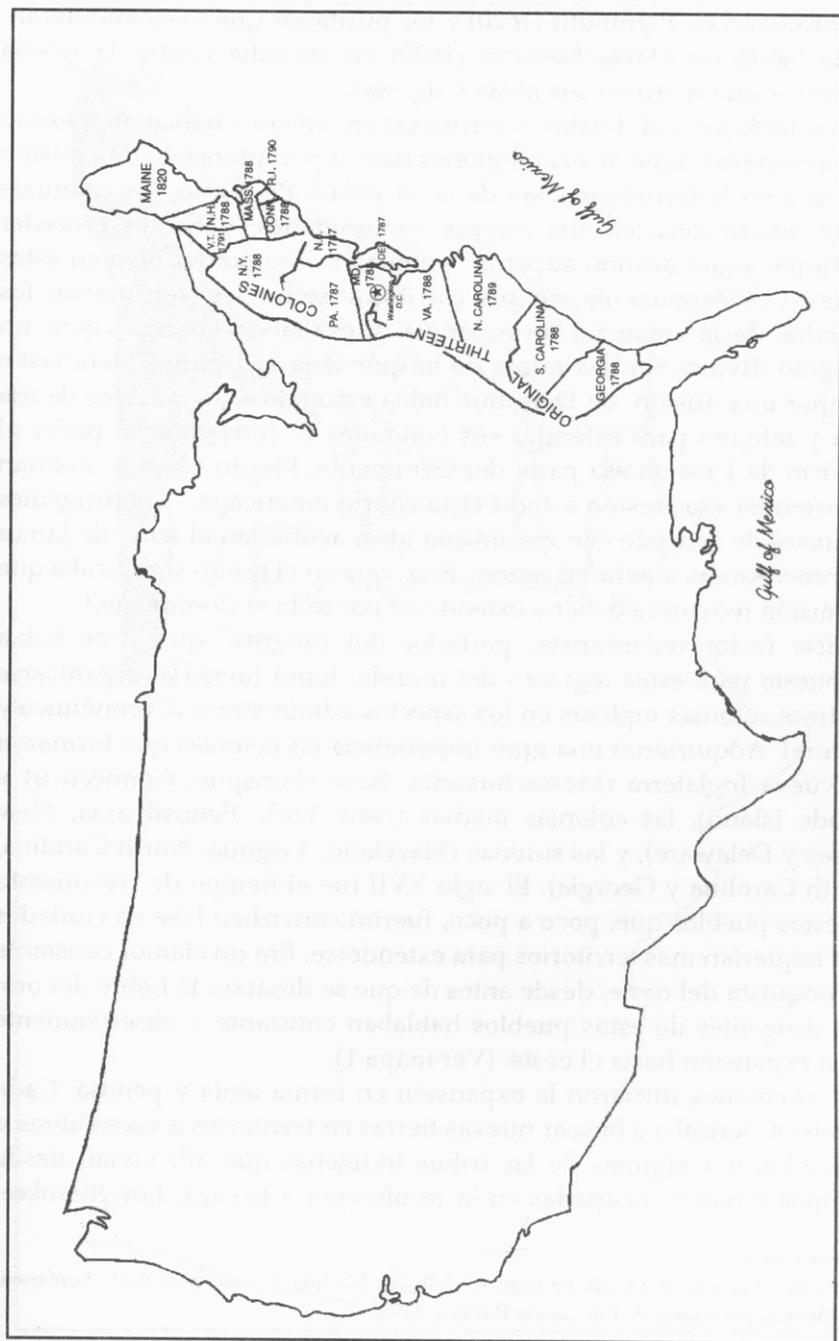
En 1762 el Puerto de Habana cayó en poder de los ingleses. Para rescatar la España cedió a Inglaterra el territorio de la Florida. Francia cedió a Gran Bretaña el territorio del Canadá y para compensar a España por la pérdida de la Florida le cedió la Luisiana.

El Destino Manifiesto

La colonización de las nuevas tierras descubiertas por Cristóbal Colón fue concedida, por Bula Papal, a España y Portugal. Sin embargo, otras naciones europeas se lanzaron a la empresa de nuevos descubrimientos. Inglaterra, Francia y Holanda exploraron más hacia el Norte y encontraron tierras vírgenes, semipobladas, que desde luego consideraron suyas. Aunque los ingleses avanzaron poco en esas exploraciones, su presencia se remonta al siglo XV en este Continente.

Fue hasta el siglo XVII en que empezaron a crearse las primeras trece colonias inglesas. Las hazañas de Cartier, Humprey Gilbert y de Walter Raleigh adquirieron una existencia formal hasta entonces, sobre todo con el arribo de "los Peregrinos" del Mayflower, que se

³ En: Alberto María Carreno. *La diplomacia extraordinaria entre México y los Estados Unidos 1789-1947*. 2ª edición, figuras y episodios de la Historia México, Editorial Jus, México, 1961, T.I, pp. 23-24.



Mapa 1. Las primeras trece colonias angloamericanas.

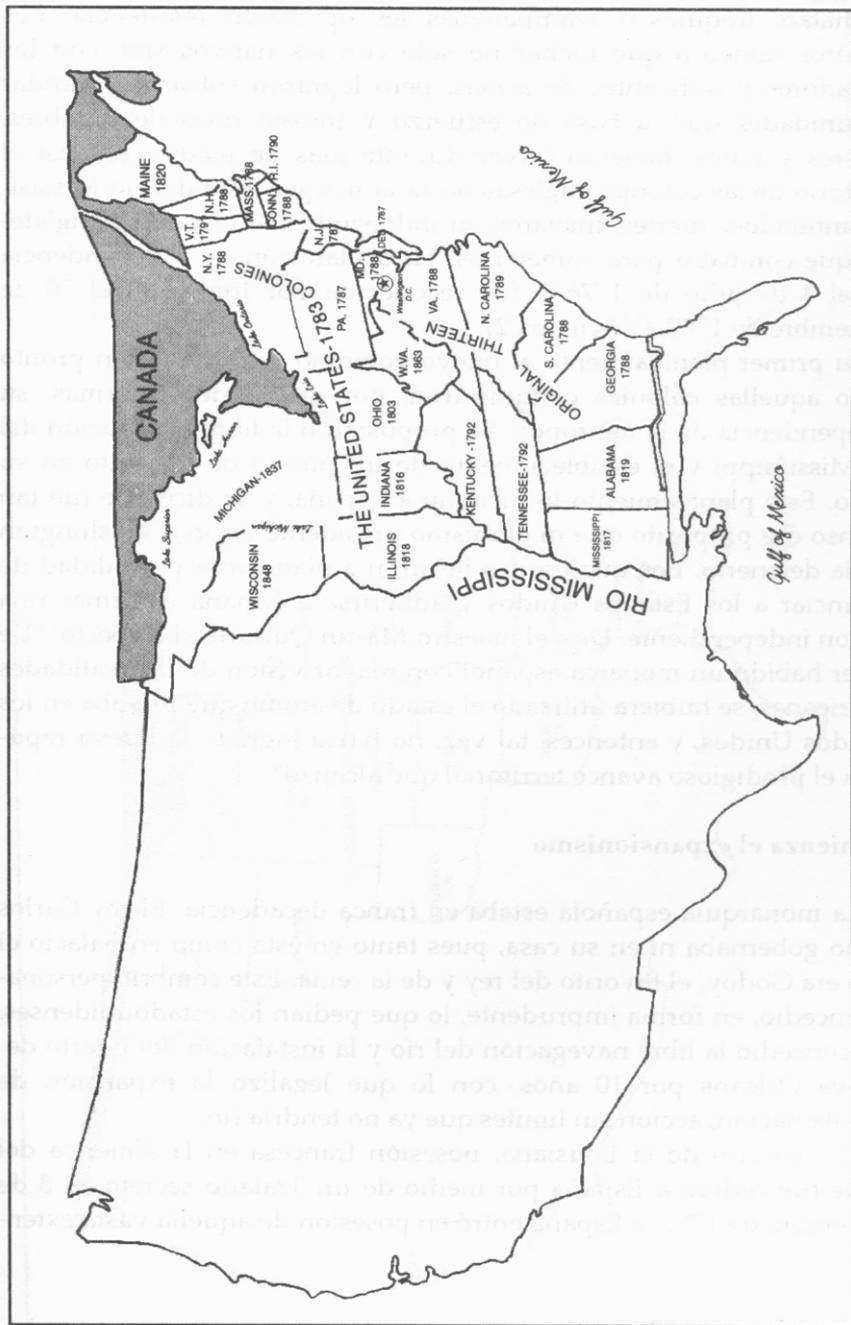
establecieron en Plymouth (1620) y los puritanos que se establecieron en la bahía de Massachussets (1630) en rebeldía contra la iglesia anglicana que reprimía sus ideas religiosas.

Los teólogos calvinistas y puritanos en América habían empezado a manifestarse como si sus religiones fueran portadoras de una misión divina para la transformación de la sociedad. Por tanto, los colonizadores americanos, en sus nuevas comunidades, deberían proceder conforme aquel destino superior: establecer el reino del Bien en estas tierras. Constantemente, en sus escritos y sermones, censuraban los métodos de la colonización española, y exaltaban la suya como un designio divino. Son las raíces de lo que sería el Destino Manifiesto: cumplir una misión de Dios, que había escogido a los pueblos de esa raza y religión para extender sus bondades y consolidar el poder al servicio de Dios en esa parte del Continente. Pronto -decían- habrían de extender esa misión a todo el territorio americano, los dirigentes políticos, de acuerdo con esa misma idea, acuñarían el lema de James Monroe: América para los americanos, que en el fondo significaba que su misión redentora debería extenderse por todo el Continente.⁴

Este factor redentorista, portador del progreso que Dios había dispuesto para estas regiones del mundo, tomó fuerza al organizarse las trece colonias inglesas en los aspectos administrativo, económico y cultural. Adquirieron una gran importancia las colonias que formaron la Nueva Inglaterra (Massachussets, New Hampshire, Connecticut y Rhode Island), las colonias medias (New York, Pennsylvania, New Jersey y Delaware), y las sureñas (Maryland, Virginia, North Carolina, South Carolina y Georgia). El siglo XVII fue el tiempo de crecimiento de estos pueblos que, poco a poco, fueron convirtiéndose en ciudades que requerían más territorios para extenderse. Era un clamor constante la conquista del oeste, desde antes de que se desatara la fiebre del oro. Los dirigentes de estos pueblos hablaban constante y obsesivamente de la expansión hacia el oeste. (Ver mapa 1).

Los colonos iniciaron la expansión en forma lenta y penosa. Cada familia se lanzaba a buscar nuevas tierras en territorios a veces libres u ocupados por algunas de las tribus indígenas que allí vivían desde tiempos remotos, ocupadas en la recolección y la caza. Los cherokee,

⁴ Un estudio amplio del tema, en Juan A. Ortega y Medina. *Destino Manifiesto*. SepSesentas, México, Secretaría de Educación Pública, 1972.



Mapa 2. Las colonias angloamericanas al conquistar su independencia.

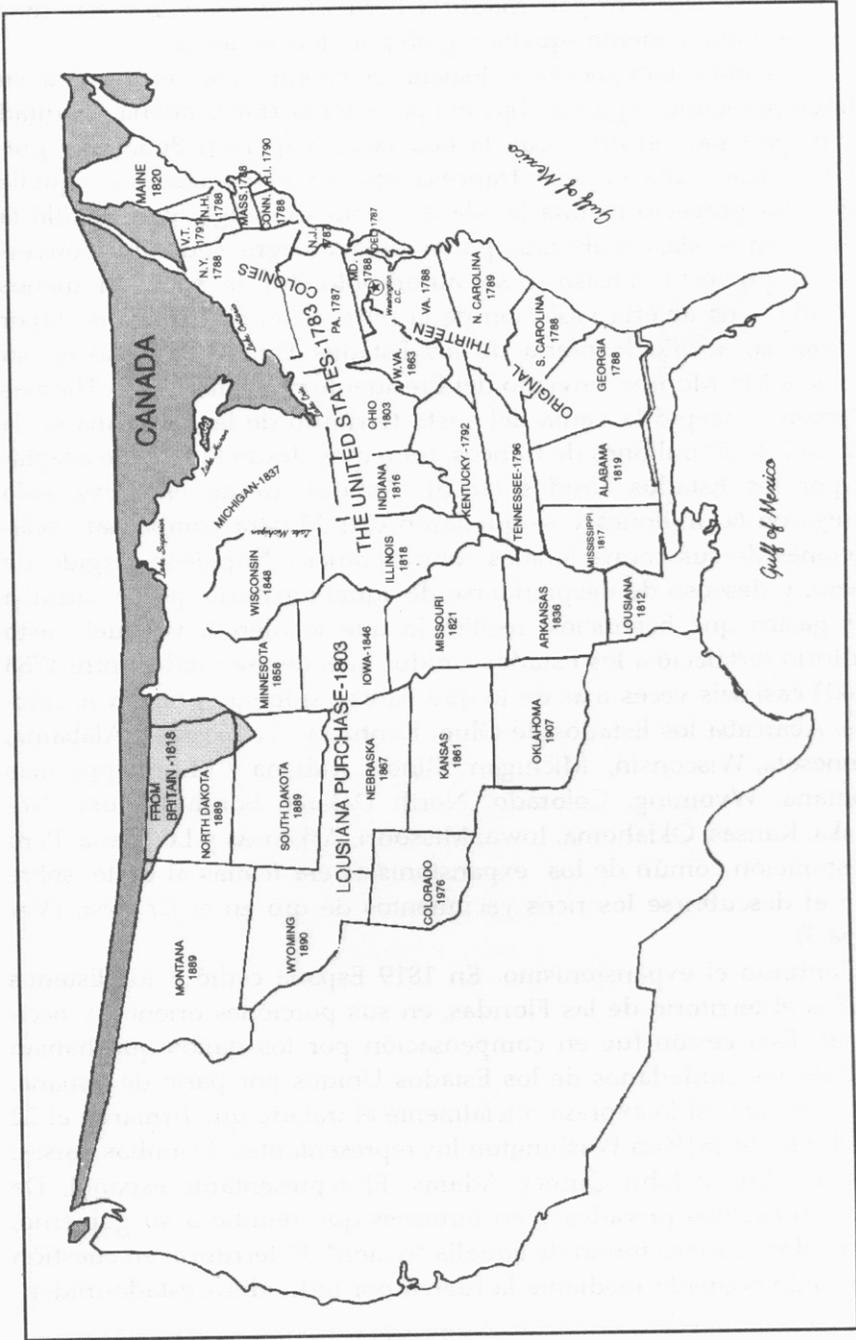
powhatan, iroquíes o wampangoas les opusieron resistencia. Los pioneros tuvieron que luchar no sólo con los nativos sino con los salteadores y traficantes de armas, pero lograron subsistir y fundar comunidades que, a base de esfuerzo y trabajo rudo de hombres, mujeres y niños, hicieron crecer durante más de media centuria el territorio de las colonias inglesas hasta la margen Este del río Mississippi. Sintiendo fuertes, iniciaron su independencia respecto a Inglaterra, que combatió para someterlos. La declaración de independencia fue el 4 de julio de 1776 y fue reconocida por Inglaterra el 30 de noviembre de 1782. (Ver mapa 2).

Su primer planteamiento al nuevo gobierno se produjo tan pronto como aquellas colonias conquistaron, por medio de las armas, su independencia de la metrópoli. Se propusieron la libre navegación del río Mississippi y el establecimiento de un puerto de depósito en su curso. Este planteamiento lo hicieron a España, y se dice que fue tan intenso ese propósito que ni el mismo presidente George Washington podía detenerlo. Los interesados llegaron a plantear la posibilidad de renunciar a los Estados Unidos y adherirse a España o formar una nación independiente. Dice el maestro Martín Quirarte al respecto: "De haber habido un monarca español con mayor visión de las realidades americanas, se hubiera utilizado el estado de ánimo que privaba en los Estados Unidos, y entonces, tal vez, no había logrado la nueva república el prodigioso avance territorial que alcanzó".

Comienza el expansionismo

La monarquía española estaba en franca decadencia. El rey Carlos IV no gobernaba ni en su casa, pues tanto en ésta como en palacio el amo era Godoy, el favorito del rey y de la reina. Este sombrío personaje concedió, en forma imprudente, lo que pedían los estadounidenses. Les concedió la libre navegación del río y la instalación del puerto de Nueva Orleans por 10 años, con lo que legalizó la expansión de aquella nación, acción sin límites que ya no tendría fin.

El territorio de la Lousiana, posesión francesa en la América del Norte fue cedido a España por medio de un Tratado secreto, el 3 de noviembre de 1762, y España entró en posesión de aquella vasta exten-

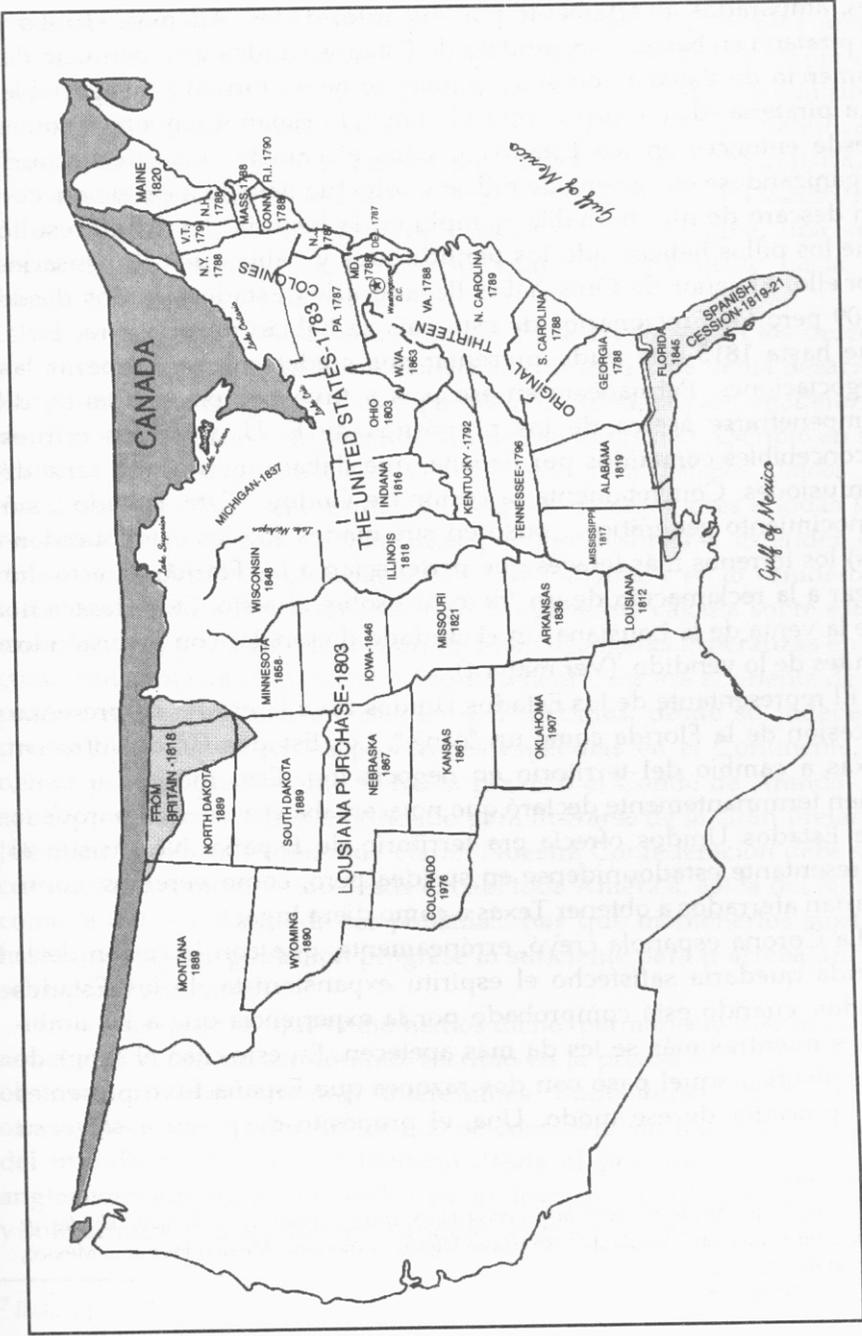


Mapa 3. El territorio de los Estados Unidos después de la compra de la Louisiana.

sión en 1769. Nombró gobernador a Bernardo de Gálvez y éste hizo progresar notablemente aquella región por algunos años.

Por razones inexplicables, España retrocedió ese territorio a su antiguo poseedor; según se dijo, era para demostrar la buena voluntad de un país para el otro. Con la Lousiana, Napoleón Bonaparte pretendió formar una colonia francesa allí, en el corazón de aquella región. Su proyecto incluía la Isla de Santo Domingo; pero estalló la rebelión en la isla, encabezada por el esclavo negro Toussaint Louverture. El proyecto fracasó y su autor optó por la solución menos esperada y, en abierta violación de la retrocesión de España en favor de Francia, aceptó la oferta de los Estados Unidos. Recibió en su palacio a Mr. Monroe, enviado del Presidente norteamericano Thomas Jefferson, y aceptó la venta del vasto territorio de la Lousiana en la cantidad de 80 millones de francos, trato que, desde luego, fue aceptado por los Estados Unidos (1803). Astutos, desde entonces, sólo entregaron 60 millones y se quedaron con 20 para compensar reclamaciones de sus connacionales contra Francia. Napoleón, urgido de dinero, y deseoso de desprenderse de aquel territorio que le causaba más gastos que beneficios, recibió lo que le dieron, y aquel vasto territorio fortaleció a los Estados Unidos que, de ese modo, entre 1783 y 1803 casi seis veces más de lo que habían sido sus primitivas colonias. Abarcaba los Estados de Ohio, Kentucky, Tennessee, Alabama, Minnesota, Wisconsin, Michigan, Illinois, Indiana y Mississippi, más Montana, Wyoming, Colorado, North Dakota, South Dakota, Nebraska, Kansas, Oklahoma, Iowa, Missouri, Arkansas y Lousiana. Pero la aspiración común de los expansionistas era ir más al oeste, sobre todo al descubrirse los ricos yacimientos de oro en el *far west*. (Ver mapa 3).

Continuo el expansionismo. En 1819 España cedió a los Estados Unidos el territorio de las Floridas, en sus porciones oriental y occidental. Esta cesión fue en compensación por los daños que habían recibido los ciudadanos de los Estados Unidos por parte de España. Por lo menos así lo expresa oficialmente el tratado que firmaron el 22 de febrero de 1819 en Washington los representantes de ambos países: Luis de Onís y John Quincy Adams. El representante español, De Onís, en escritos privados y en informes que remitió a su gobierno, reveló el verdadero fondo de aquella "cesión". El territorio en cuestión había sido ocupado mediante la fuerza por individuos estadounidenses.



Mapa 4. Los Estados Unidos después de la cesión de la Florida por España.

ses, amparados abiertamente por sus autoridades. Además, el robo y la piratería en barcos con bandera de Estados Unidos y en perjuicio del comercio de España con sus colonias se había tornado insoportable. "La piratería -dice Onís- contra el comercio español empezó a tomar desde entonces en los Estados Unidos el carácter más decidido, y organizándose en sistema de pillaje y robo fue llevado a ejecución con un descarado de que no había ejemplo en la historia".⁵ Y luego resultó que los pillos habían sido los perjudicados y había que compensarles por ello. El señor de Onís había llegado a los Estados Unidos desde 1809 pero los funcionarios de este país se habían negado a recibirle. Fue hasta 1815 que pudo presentar sus credenciales y empezar las negociaciones. Permaneció en ese país y tuvo tiempo, por tanto, de compenetrarse acerca de los propósitos de E. U. y de los errores inconcebibles cometidos por España, que daban lugar a una serie de confusiones. Concretamente la cesión de Godoy. "Este Tratado... sin conocimiento geográfico... puso en sus manos (de los estadounidenses) los terrenos más feraces que pertenecían a las Floridas"; esto dio lugar a la reclamación de un "derecho" sobre el resto. Otro desacuerdo fue la venta de la Lousiana sin el cuidado de señalar con precisión los límites de lo vendido. (Ver mapa 4).

El representante de los Estados Unidos tuvo la osadía de presentar la cesión de la Florida como un "canje". Los Estados Unidos ofrecían Texas a cambio del territorio en negociación. Esto indignó a Onís, quien terminantemente declaró que no aceptaba ese trueque porque lo que Estados Unidos ofrecía era territorio de España. No insistió el representante estadounidense en su idea pero, como veremos, continuarían aferrados a obtener Texas a como diera lugar.⁶

La Corona española creyó, erróneamente, que con la cesión de la Florida quedaría satisfecho el espíritu expansionista de los Estados Unidos, cuando está comprobado por la experiencia que a los ambiciosos mientras más se les da más apetecen. En este caso el señor de Onís justifica aquel paso con dos razones que España tuvo presentes para proceder de ese modo. Una, el propósito de poner a salvo su

⁵ De Onís, Luis. *Memoria sobre las negociaciones entre España y los Estados Unidos de América*. Introducción y notas de José Bravo Ugarte, Colección México Heroico, México, Editorial Jus, 1966, p. 8.

⁶ *Ibid.*, pp. 79-81.

posesión de la isla de Cuba porque, en la literatura de esos años, después de la declaración de independencia, se hablaba siempre de que Cuba y Texas les estaban reservadas por el destino, irremisiblemente. John Quincy Adams sostenía una curiosa teoría "científica"; "hay leyes de gravitación política como las hay de gravitación física, y así como una manzana separada del árbol por la fuerza del viento, no puede, aunque quisiera, dejar de caer al suelo, así Cuba, una vez separada de España,.. tiene que gravitar necesariamente hacia la Unión Americana, y sólo hacia ella".

La otra razón era todavía más grave. Si se contrariaban los deseos del ambicioso, éste podría intensificar la campaña que venía desarrollando en todas las posesiones españolas de América para apoderarse de ellas una vez que se independizaran de su metrópoli. Escribió en su *Memoria sobre las negociaciones entre España y los Estados Unidos de América* (1826): "Los americanos se creen ahora superiores a todas las naciones de la Europa, y llamados por los destinos a extender su dominación desde luego hasta el istmo de Panamá, y en lo venidero a todas las regiones del Nuevo Mundo. Su gobierno calcula sobre estas mismas ideas y sostiene la ilusión de estas lisongeras esperanzas en el curso constante de su política".⁷ Efectivamente, ese era el oriente de la política norteamericana en esos años. Repetimos: desde su independencia fijó su mira en las posesiones españolas en el Continente, y olvidó por completo -como lo había previsto el Conde de Aranda- la ayuda que España le había brindado para liberarse de la Gran Bretaña. Jefferson lo dijo en forma muy clara: "Nuestra Confederación debe ser considerada como un nido desde el cual toda América, así la del Norte como la del Sur, habrá de ser poblada... hay que mantenerlos sujetos hasta que nuestra población progrese lo suficiente para ir arrebatándoselos parte por parte".

Don Luis de Onís, que como hemos dicho, permaneció diez años en aquel país y, con un seudónimo, escribió en la prensa de los E. U. Sus observaciones resultan muy interesantes. Pudo darse cuenta, entre otras cosas, del carácter de los que se consideraban los nuevos amos del mundo, y esto pudo advertirlo desde el principio. Escribió: "El angloamericano mira con desdén o con desprecio a todas las naciones, y sólo admira a la inglesa, gloriándose de traer su origen de ella. Más

⁷ *Ibid.*, pp. 78-79.

su situación al frente del Nuevo Mundo, sin rivales que puedan estorbar o detener su paso; la superficie inmensa y variada de su territorio; sus progresos rápidos y asombrosos en la población, en las artes y en la industria; la serie brillante de su prosperidad; los ponderados sucesos de sus armas en la última guerra contra la Gran Bretaña, y el respeto que cree haber infundido a las principales potencias de Europa, llevan su vanidad y su arrogancia a un extremo de que apenas se puede formar idea. Se considera superior a los demás hombres y mira a su república como el único establecimiento que hay sobre la tierra fundado sobre bases sólidas y grandes, hermoso por la sabiduría y destinado a ser un día el coloso más sublime del poder humano y la maravilla del universo". El cabal retrato de una nación; imagen que persiste a nuestros días y que se ha ido precisando con el transcurso del tiempo.⁸

Texas

Por virtud de la venta que Napoleón Bonaparte hizo a los Estados Unidos del territorio de la Lousiana, y a pesar del reconocimiento de límites que entonces (1803) hicieron los comisionados de los E.U., señores, Monroe y Pinckney, la nación adquiriente se empeñó en extender los límites señalados y con argumentos diversos, todos nacidos del propósito de apropiarse del territorio ajeno, sostuvieron reiteradamente que Texas formaba parte de aquella venta, pretensión que en todas las ocasiones fue negada por las autoridades españolas. Esta situación dio lugar a varios incidentes fronterizos. El gobierno de E.U. envió tropas para proteger la que se obstinaba en considerar "su" propiedad, y el gobierno virreinal hizo lo mismo y envió soldados a defender su territorio.

Para poner fin a esta disputa, el virrey José de Iturrigaray comisionó al religioso mercedario fray Melchor de Talamantes para que, auxiliado por el Teniente de Fragata Gonzalo López de Haro, estudiaran el problema de límites y rindieran un dictamen. Talamantes, estudió todos los antecedentes contenidos en 16 volúmenes, y concluyó: "la primera línea divisoria que debe establecerse es la misma que se ha apuntado, a saber: la formada por el arco de meridiano que corre

⁸ *Ibid.*, pp. 57-58.

desde el seno Mexicano hasta la gran montaña situada entre dichos dos presidios Adaes y Natchitoches, atravesando el arroyo Hondo y la laguna Española de los Adaes, y dejando al Oriente el Presidio de Natchitoches, y al poniente el río de Sabinas con sus dos orillas. La longitud de esta línea será como de dos grados y cuarenta y cinco minutos y su menor distancia a la orilla oriental del mismo río Sabinas, o a su desembocadura en el seno de siete leguas comunes de España... Parece que la segunda línea divisoria debe ser una continuación de la primera, atravesando por el mismo meridiano el dicho arroyo y río Natchitoches hasta terminar en el Arkansas, que corre a poca distancia de éste y le es paralelo".⁹

No pudo concluir su comisión el P. Talamantes porque en seguida se vio complicado en la conspiración del Ayuntamiento de la ciudad de México, lo que al final ocasionó la caída del virrey Iturrigaray y el encarcelamiento y muerte de Talamantes. Las nuevas autoridades que le sucedieron en el cargo designaron a otro comisionado, también religioso, el oratoriano José Pichardo, auxiliado por Ciriaco González Carvajal. El dictamen de estos coincidió con el anterior.

Nada de esto detuvo la campaña norteamericana por la posesión de Texas. A los choques sangrientos de las tropas de los países en conflicto vino a sumarse la acción directa de los mercenarios. Primero fue un tal Philip Nolan quien organizó una expedición armada que fue combatida por las tropas españolas que dieron muerte al cabecilla y tomaron prisionero a su compinche Bean, quien fue condenado a la horca. Luego, en 1812, August Magee realizó otra incursión en el territorio texano, de acuerdo con Bernardo Gutiérrez de Lara. Magee fue muerto y su cómplice trató de formar un "gobierno provisional". Estas acciones se realizaban de acuerdo con las autoridades norteamericanas, que no cejaban en su propósito de apoderarse de aquel territorio.

Sin embargo, no todo debe anotarse como culpa del gobierno de los Estados Unidos. Deben señalarse también los errores, omisiones y abandono de aquellas regiones, culpa de los virreyes carentes de visión, de las anomalías de la Corona española a partir de 1808 como

⁹ En: Alberto María Carreño. *México y los Estados Unidos de América. Aportaciones para la Historia del acrecentamiento territorial de los Estados Unidos a costa de México desde la época colonial hasta nuestros días*. 2ª edición, Figuras y episodios de la historia de México, México, Editorial Jus, 1962, pp. 18-19.

consecuencia de la invasión napoleónica, y otras causas. Creyeron los últimos virreyes que la mejor barrera que podían poner al expansionismo norteamericano era mantener el desierto de por medio, como una defensa natural. Esto quedó de manifiesto cuando se pretendió colonizar Texas con familias mexicanas; les opusieron toda clase de obstáculos, además de los que representaban las enormes distancias respecto a los centros de abasto, y a la falta de vías de comunicación con la capital de aquella provincia, que era Coahuila, y con mayor razón con la capital del virreinato.

Era dramática la situación. En 1806, el tristemente célebre, Comandante General, Nemesio Salcedo, ante la constante amenaza contra Texas y por ser "el territorio más expuesto a ser invadido" solicitó al virrey Iturrigaray el pronto envío de un refuerzo de 600 soldados para la guarnición de aquel territorio. El funcionario le contestó que no contaba con ese número de fuerzas y que no podía auxiliarle de ningún modo. Todo esto favoreció los planes de los filibusteros.

El gobierno de los Estados Unidos se aferraba a defender su derecho a un límite caprichoso en aquel lugar. Sostenía que el río Sabinas era la división natural entre las posesiones españolas y las norteamericanas. La fuerza militar colocada en ese lugar advirtió a los efectivos españoles que no deberían cruzar ese límite, pero en varias ocasiones lo traspasaron y se posesionaron de la otra orilla "Toda vez que pertenecía al rey desde tiempos inmemoriales".

Nada detenía a los agresores en su propósito de apropiarse de aquel territorio. El propio vicepresidente de la nación vecina, Aaron Burr, encabezaba las fuerzas invasoras, y no era sólo de un problema de límites sino de la posesión de toda la provincia de Texas. El asunto se trataba también a nivel de Estados, pero no progresaba ninguna solución por la falta de escrúpulos de la parte agresora que no se ajustaba a ninguna norma de derecho internacional.

Como los conflictos seguían a la orden del día, los expansionistas recurrieron a otros métodos; uno de ellos fue la colonización pacífica. Un tal Long estableció una colonia en Texas y, como no encontró resistencia, pronto llegaron otros sujetos y, al sentirse seguros, acordaron formar una República independiente y hasta formaron un Consejo de Gobierno. Entonces intervinieron las tropas de rey y desbarataron aquella República cuyos integrantes huyeron, Long fue a parar a Nueva Orleans desde donde intentó recuperar su posición pero,

derrotado de nueva cuenta, fue enviado prisionero a San Antonio de Béjar y luego a la ciudad de México donde se le dejó en libertad.

A finales de 1820 se presentó ante las autoridades españolas el ciudadano Moses Austin, de Connecticut pero nacionalizado español. Este señor obtuvo, por componendas con funcionarios, el permiso para establecerse con trescientas familias en Texas. El señor Austin falleció al poco tiempo de iniciar los trámites, que fueron resueltos en favor de su hijo Esteban, a quien correspondió la organización de aquella colonia. Otros sujetos, con sus familias, se trasladaron al territorio en Texas, de tal modo que en 1822, bajo el imperio de Iturbide, libre ya nuestra nación de la dependencia española, los diputados de Coahuila se comunicaron con el Emperador para "informar a V. M. I. del peligro próximo en que se halla la provincia de Coahuila de perderse la Provincia de Texas, a la que han emigrado quinientas familias de los Estados Unidos, de diversas religiones y ninguna católica; de perversas intenciones, sin sujeción a Gobierno alguno, sin industria ni capitales, tratando de fortificar varios puntos para cuyas ideas cuentan con la protección de diez mil hombres". Dicen que aquellas familias han ocupado terrenos muy fértiles en 300 leguas y tratan de formar un poblado entre el río Bravo y el de Sabinas, que es la línea divisoria.

Los proyectos expansionistas

El gobierno imperial mexicano envió a don Manuel Zozaya como su representante ante los Estados Unidos, con instrucciones precisas de solicitar de la nación vecina el reconocimiento del Imperio Mexicano, independiente de España, y la necesidad de señalar la extensión del país y sus límites en el norte. Se hacía hincapié en que pertenecían al territorio mexicano: Texas, las dos Californias y Nuevo México. Se proponía la suscripción de un tratado mediante el cual los E.U. se comprometieran a defender a México de cualquier intento de España para recuperar su dominio (los españoles aún ocupaban militarmente el castillo de San Juan de Ulúa y amenazaban las costas de su antigua colonia). A cambio, el gobierno imperial concedería permiso a ciudadanos norteamericanos que quisieran emigrar a nuestro país, con la única condición de que se tratara de personas de reconocido provecho y rectitud; sobre todo -como principal condición- que fuesen de

religión católica. Ninguno de los temas tratados por el enviado mereció interés de parte del gobierno norteamericano; no obstante le concedió trato cordial.

El gobierno de los Estados Unidos no manifestó intenciones de reciprocidad y no acreditó en correspondencia, a ningún Embajador o enviado especial. Ciertamente se presentó en los círculos oficiales el señor Joel R. Poinsett, quien abiertamente expresó los ideales expansionistas de su gobierno. Conferenció con el licenciado Azcárate y le propuso una nueva línea fronteriza que comprendería como parte de los Estados Unidos y las provincias de Texas, Nuevo México y Alta California, y parcialmente Coahuila, Nuevo León, Sonora y Baja California. Nada menos. Pero se trataba de una finta del gobierno norteamericano, porque al pedírsele a Poinsett sus credenciales, no pudo presentar ninguna. Sin embargo permaneció en el país, observó todo lo que quiso, sembró la división entre los grupos políticos de nuestro país. En fin, desarrolló una labor nefasta.

El mismo Zozaya, durante su permanencia en los Estados Unidos pudo darse cuenta del verdadero rostro de los vecinos e informó a Iturbide: "Los norteamericanos concebían a los latinoamericanos como inferiores y por ello creían poder disponer de sus posesiones". Anunciaba que en el futuro serían los enemigos de los latinos, y con esta idea siempre presente habrían de tratarlos. Incluso preveía que todos los arreglos de tipo militar que se emprendían en los Estados Unidos iban dirigidos a satisfacer sus ambiciones sobre la provincia de Texas. Durante el año de 1823 los temores de Zozaya tomaban cuerpo cuando se denunciaba una campaña periodística en contra del gobierno de Iturbide; incluso "había... proyectos para hacer desembarcar una expedición norteamericana y extranjera en las costas de México, alentada por la antipatía de los norteamericanos hacia el régimen monárquico".¹⁰

¹⁰ En: Carlos Bosch García. *Material para la Historia Diplomática de México. (México y los Estados Unidos 1820-1848)*. México, Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, 1957, p. 22.

Poinsett

Desde luego, lo que cabe destacar es la mañosa (no hay otro calificativo) proposición de Poinsett, que sí era oficial, pues el 14 de marzo de 1825 fue comisionado por el Presidente Adams para que negociara con el gobierno mexicano las condiciones de un Tratado de límites y comercio entre ambos países.

A la caída del imperio iturbidista (Agustín I abdicó el 19 de marzo de 1823) entró a gobernar un triunvirato formado por Guadalupe Victoria, Nicolás Bravo y Pedro Celestino Negrete, con funciones ejecutivas. Las Relaciones Exteriores de este gobierno transitorio estuvieron a cargo de Lucas Alamán, el ilustre historiador mexicano. El 7 de noviembre de 1823 se reunió el Congreso Constituyente; fue aprobada la Constitución Política que adoptó el sistema federalista. Guadalupe Victoria tomó posesión de la Presidencia de la República el 10 de octubre de 1824. El Constituyente reconoció como parte del territorio nacional "el que fue del virreinato llamado antes Nueva España, el que se decía capitania General de Yucatán, el de las Comandancias llamadas antes, de Provincias Internas de Oriente y Occidente, y el de la Alta y la Baja California con los terrenos anexos e islas adyacentes en ambos mares".

Poinsett, investido ya como representante oficial de los Estados Unidos ante el gobierno mexicano, desarrolló su labor de hostigamiento contra los mexicanos. Su correspondencia con el Secretario de Estado en su país, Henry Clay, revelan el carácter de su intriga; insiste en expresar su juicio desfavorable del Presidente de México y de algunos de sus Ministros; comenta con poco disimulada satisfacción las rencillas y enfrentamientos de los grupos políticos, que en gran parte había sido obra suya; hace saber a su gobierno la ruinosa situación de la economía de nuestro país, y dice que pronto se tendrá que recurrir a empréstitos y que varios Secretarios, entre ellos Alamán, Esteva y De la Llave, eran partidarios de recurrir a Inglaterra, lo cual podría ser el inicio de la intromisión de países europeos en los asuntos del Continente y un peligro para la seguridad de los Estados Unidos.¹¹

¹¹ *Ibid.*, p. 41.

La situación de Texas se complicaba día tras día. En 1826 un señor llamado Hunter Fields planeó una alianza de los grupos indígenas con los angloamericanos para declarar la independencia de aquel territorio, pero viejos líderes de la región como Esteban Austin desbarataron aquella maniobra.¹²

El gobierno de los Estados Unidos autorizó, por fin, a su representante para que discutiera con sus vecinos un Tratado de límites y otro de comercio entre ambas naciones. El 23 de agosto de 1825 se reunieron Lucas Alamán, José Ignacio Esteva y Joel R. Poinsett, y acordaron que el norteamericano presentase un proyecto de ambos Tratados en la siguiente reunión. El 13 de septiembre Poinsett presentó un proyecto de Tratado de comercio, contenido en 30 artículos, que empezaron a ser examinados ese mismo día.

El ministro Alamán pidió a Poinsett que señalara en un mapa que le presentó y que era de un autor reconocido, los límites que tenían los Estados Unidos con España en 1795. El representante estadounidense no quiso hacer lo que el mexicano le pedía porque, dijo, esos límites eran anteriores a la compra de la Lousiana y estaban comprendidos en el Tratado de 1819 que ellos no habían puesto en vigor por deferencia a México por los acontecimientos derivados de la consumación de la independencia en 1821. En las comunicaciones de Poinsett con Clay, el tortuoso representante era más específico. "Decía sentirse ansioso de ver solucionado el problema de fronteras, aunque creía político no dar motivo para que se confirmaran las sospechas celosas de México a base de peticiones extravagantes. Confesaba creer de gran importancia que los Estados Unidos agrandaran su territorio hacia el río del Norte o hacia el Colorado o, por lo menos, hasta el Brazos, para tener en estas fronteras una raza fuerte de gente blanca, que poblara la región desde el Mississippi hasta el Sabina".¹³

Desde un principio Poinsett planteó oficialmente la necesidad de una autorización del gobierno mexicano para crear un camino de Missouri a Santa Fe, pero se encontró con la resistencia de Alamán que argumentó, con razón, que nada podía resolverse al respecto si antes no quedaba resuelto el Tratado de límites. El norteamericano argumentó que ese era un asunto que correspondía al Tratado de comercio

¹² Alberto María, Carreño. *México y los Estados Unidos de América*, p. 42.

¹³ Bosch García, Carlos. *Op.Cit.*, p. 41.

y que era urgente esa vía para mover los artículos de una región a la otra. El Secretario de Estado, en la correspondencia privada con su representante le urgía para que obtuviera una respuesta favorable de México porque, decía, si se esperaban a concluir el Tratado de límites, tal como lo proponían los mexicanos, es decir mediante un trabajo de campo en que los comisionados de ambos países señalaran en el terreno tales límites, eso llevaría demasiado tiempo, tal vez más de un año, y el camino Missouri-Santa Fe no podía esperar más.

Por todas estas razones y por la inestabilidad política de México después del periodo constitucional del Presidente Victoria, complicaron el asunto y el Tratado de límites, pudo concluirse hasta el 10 de julio de 1826. Mientras tanto, la colonización de Texas seguía su curso con la aprobación del gobierno de los Estados Unidos. Aquella situación anómala crecía mientras los mexicanos nos desgarrábamos en conflictos internos. Fue la era de los cuartelazos, las rebeliones del clero y del ejército y las luchas de los liberales por la desamortización de la propiedad en poder de la iglesia. Lo lamentable en este periodo fue la división de los liberales, en ocasiones por motivos de poca importancia. Esto debilitó al país y lo expuso a ser presa de las ambiciones de los Estados Unidos y de las naciones europeas: Inglaterra con préstamos usurarios, Francia con invasiones armadas y España con su amenaza constante de intentar, absurdamente, la recuperación de su antigua colonia.

Una colonización incómoda

Mientras se desarrollaban las negociaciones entre los gobiernos de México y los Estados Unidos, los colonos de Texas se manifestaban cada vez más hostiles a las disposiciones de las autoridades mexicanas. Los intentos de nuestro gobierno para enviar colonos a nuestros compatriotas, fracasaron. Las condiciones que se pusieron para recibir en aquella Provincia a familias dedicadas al trabajo y de religión católica, no se habían cumplido. Varios colonos de religión protestante habían solicitado formalmente la autorización del gobierno mexicano para establecerse allí, y siempre se les contestó que no era legalmente posible. La constitución vigente sostenía al catolicismo como religión de Estado, sin tolerancia de ningún otro credo. Los colonos de Texas recurrieron entonces a la invasión indiscriminada, amparados en la

protección de los Estados Unidos y en que México, por sus problemas internos y por la distancia, nada podría hacerles.

Aquellos colonos irregulares empezaron a ser un problema para el gobierno mexicano. Esteban Austin, que por conveniencia se había opuesto a las pretensiones de Fields, fue a la ciudad de México para negociar; pero fue aprehendido en Saltillo y puesto en prisión, pero obtuvo la libertad por un capricho de Santa Anna, a quien manifestó mañosamente que era partidario de una solución pacífica del problema de Texas. El veleidoso gobernante mexicano conferenció con él y con otros personajes interesados en la cuestión, como Lorenzo de Zavala quien, por resentimientos, se había unido a los texanos y hasta llegó a ser funcionario del gobierno de aquella provincia. Una vez libre, Austin se convirtió en el más activo agitador de la independencia de Texas.

El Tratado de límites fue concluido el 10 de enero de 1828. Simplemente se ponía en ejecución la delimitación concertada con la Corona española. Así lo declaraba el artículo 1o. "Siendo los límites divisorios de los Estados Unidos de México y de los Estados Unidos de América, en los términos colindantes de ambas Repúblicas, los mismos que se acordaron y fijaron en el dicho tratado de Washington concluido y firmado a 22 de febrero de 1819, se procederá inmediatamente a poner en ejecución, entre las dos partes actualmente contratantes, los artículos tercero y cuarto de dicho tratado".

Desde 1828 algunos sectores del partido liberal habían pedido el retiro del Embajador Joel R. Poinsett, por considerar nociva su intervención en los asuntos internos del país. Se le acusaba de hacer campaña para dividir a los liberales, lo cual estaba fuera de toda duda. El mismo Poinsett lo reconocía en la comunicación que envió a Clay el 6 de octubre de ese año. "Como él tenía alto rango en la masonería, le pidieron que les consiguiera las cartas de la logia de Nueva York... no dudó un solo momento en hacerlo, pues deseaba ver establecida en México una institución de carácter liberal que uniera hombres de todas clases... los que se acercaron a hacer la petición eran todos, miembros del gobierno... pero en cuanto se les acusó de pervertir la institución por dedicarla a fines políticos no volvió Poinsett a tomar parte en sus reuniones".¹⁴ La división de los masones en Escoceses y

¹⁴ *Ibid.*, pp. 78-79.

Yorkinos, y los liberales en *moderados y radicales* o puros, desató la guerra interna y las consecuencias fueron funestas para la nación.

El Tratado de límites fue ratificado por la Cámara de Diputados (24 de abril) y por el Senado (26 de abril). Quedó pendiente el Tratado de amistad, comercio y navegación. El gobierno de los Estados Unidos emprendió otra táctica para su expansión. El Secretario de Estado, Martin Van Buren, giró instrucciones a Poinsett de iniciar gestiones para la compra de Texas mediante una cantidad que se fijaría entre ambas naciones. Le indicaba, además, cuáles serían los límites de esta compra, siempre más allá de lo que España y el México independiente señalaron en su tiempo. En las instrucciones se incluían los argumentos que el enviado podría manejar: imprecisión de límites, que ahora quedarían claros; pobreza de las tierras texanas en grandes zonas; heterogeneidad de los colonos, la mayoría norteamericanos, no sólo aventureros sino algunos concesionados por el gobierno mexicano; estos colonos en constante rebeldía, ocasionarían a México gastos y problemas; las incursiones de los indios en aquel territorio, con las que el gobierno mexicano nada podía hacer". México nunca llegaría a tener las fuerzas suficientes y necesarias para poder resolver estos problemas con garantía de éxito y por ello todas las razones apuntaban la conveniencia de que la región pasara a manos de los Estados Unidos. El embajador podría ofrecer la cantidad de cuatro millones por aquel territorio.

Butler sustituye a Poinsett

El descrédito de Joel R. Poinsett se había generalizado, a tal grado que ni los mismos yorkinos confiaban en él. Así lo comprendió y solicitó su retiro, algo que el gobierno de los E. U. deseaba. En su lugar se nombró a Antony Butler, quien entró en el desempeño de sus funciones sobre el cadáver político de su antecesor. Le dieron instrucciones de mostrar la política amistosa del gobierno norteamericano y no cometer los errores anteriores. "México había llegado a pedir el retiro de Poinsett, después de atacarlo, y se había formado un ambiente en contra de él, al punto de que parecería acusársele de intervenir en la política mexicana interior". Debería Butler corregir esto y dar seguridades de que había buena voluntad de parte de sus vecinos.

Habría que decir que el Senado de E. U. estaba dispuesto a aprobar el Tratado de límites, pero quería hacerlo junto con el de comercio y navegación que aún no aprobaba la Cámara de México.¹⁵

La prensa mexicana hizo trizas a Poinsett y manifestó confianza en el coronel Butler, de quien se decía que traía la misión de comprar la Provincia de Texas en cinco millones. Por su parte, los periódicos norteamericanos también consideraron la misión de Butler como importante para satisfacer los intereses de aquella nación; ellos no decían que las tierras eran pobres, al contrario exaltaban las excelencias de aquella posible compra.

Lucas Alamán presentó al Senado, en su carácter de Ministro de Relaciones Exteriores, un plan para contrarrestar los propósitos de los E. U. Consistía en lo siguiente: envío inmediato de tropas a la región de Texas; poblar la región con mexicanos, utilizando los condenados a prisión, situándolos alrededor de los puestos militares; también se podría poblar con individuos de otras naciones con intereses distintos a los Estados Unidos; organizar un comercio de cabotaje y con el resto de la República; formar el Departamento de Texas dependiente del gobierno central; levantar un censo de colonias y ayudar a los colonos a comprar esclavos; "no habría más remedio que conservar la esclavitud negra, pues de lo contrario los colonos norteamericanos se sublevarían y Texas se perdería definitivamente. Esta misma tolerancia se tendría que mantener también en el problema religioso"; la inmigración clandestina sería castigada severamente; se formarían pueblos con habitantes europeos para que sirvieran como estados intermedios; comprometer a los colonos a no introducir más norteamericanos y, si no obedecían se les quitarían las concesiones. Medidas atinadas pero tardías. Esto mismo debiera haberse hecho desde los tiempos del virreinato o en los primeros años del México independiente.¹⁶

Butler obtuvo de algún modo el plan de Alamán, a pesar de que había sido presentado en sesión secreta, y lo remitió a su gobierno con un comentario: si este proyecto se pone en práctica sobrevendrá la sublevación de los colonos, y lo que sería equivalente a la "anexión de

¹⁵ El 16 de octubre de 1829 el Secretario de Estado comunicó a Poinsett la necesidad de su retiro de México. Al día siguiente el Ministro de Relaciones de nuestro país, Manuel Montoya, pidió al gobierno de E.U. la salida de su embajador porque se le atribuyen los males que ha experimentado la República. *Ibid.*, pp. 110-113.

¹⁶ *Ibid.*, p. 122.

Texas sin ningún costo por parte de los Estados Unidos". Sin embargo, estaba seguro de que esa sublevación sería hasta dentro de dos años.

El día 15 de diciembre de 1831 el Congreso mexicano ratificó el Tratado de amistad y comercio, con serias modificaciones y en un ambiente marcadamente antinorteamericano, según lo informó Butler a su gobierno. La aprobación había sido hecha de prisa el día anterior al cierre del periodo de sesiones. Esto había sido el resultado de una nota privada que Butler había entregado al ministro Alamán. En esa nota, el representante de los E.U. amenazaba con la ruptura de relaciones de su país con México: "tal espíritu de oposición se ha desarrollado por parte del Congreso mexicano -dice la nota privada de Butler a Alamán- y se ha dirigido contra la administración actual, con la idea de molestarla y hacerla caer del poder, o bien se ha fundado también en los continuos prejuicios contra nosotros (y cualquier que sea el motivo, nosotros somos las víctimas) que en honor a la verdad me pareció mejor poner desde luego un final a toda relación amistosa entre los dos gobiernos, antes que sufrir por más tiempo la indignidad de que nos rechazaran cuanto avance hiciéramos hacia las relaciones amistosas".¹⁷

Santa Anna

Ese propósito de acelerar la aprobación de los Tratados de límites, amistad y comercio, no era sino una burda máscara cuando al mismo tiempo alentaban el asunto de Texas con la mira de lograr extender su dominio a costa del territorio perteneciente a México. La organización del movimiento texano continuaba incontenible pero, con el fin de asegurar la realización de sus fines, el gobierno de los E.U. insistía ante el de México en la venta, ahora no sólo ya de Texas sino de las Californias y otros territorios. Butler estaba convencido de que tenía contacto con personajes de gran peso en la política mexicana (no da los nombres, pero hay bastantes datos para identificarlos). Confiaba, sobre todo en la permanencia de Antonio López de Santa Anna en el poder y para el buen éxito de esa empresa. Butler afirmaba que el general mexicano estaba dispuesto a hacer lo que le ordenará el Presidente Andrew Jackson. En una nota que Butler entregó personalmente en

¹⁷ *Ibid.*, p. 142.

Washington dijo: "corresponde a la administración actual decir si desea o no asegurarse de la posesión de un país tan deseable en los términos que ella misma ha estipulado, modificando sencillamente el desembolso del dinero que se tiene que pagar; hagan esto y obtendremos el territorio hasta el punto más occidental indicado por las instrucciones de nuestro actual magistrado. El momento no puede ser más propicio y si lo aprovechamos la decisión sería inmediata y se llevaría a efecto. Un cambio de administración sería fatal, y aunque sólo fuera un revés sufrido por el general Santa Anna, podría estorbar o suspender toda la gestión, y al final derrotarnos por completo".¹⁸

Esto se decía en 1835, el 17 de junio. Santa Anna, electo presidente, había tomado posesión el 16 de mayo; el 3 de junio había entrado en funciones el Vicepresidente, Valentín Gómez Farías, que duró unos días en el cargo. El día 18 entraría de nuevo Santa Anna. En ese periodo se turnaron el mando: cuatro veces Santa Anna y cuatro Gómez Farías. De todos modos, aún estando el general fuera del poder tenía una gran influencia y, cuando quería corregir lo hecho por el Vice, le bastaba con regresar, asumir el mando y disponer lo que convenía a los intereses que representaba.

Hacia 1835 se había desatado una campaña de la prensa norteamericana en favor de la revolución de Texas. Había intereses particulares en ese negocio, que como hemos visto no sólo se limitaba a ese territorio. El afán expansionista era sostenido por los industriales, los granjeros, los contrabandistas, los comerciantes y los buscadores de oro en el lejano oeste. Los Presidentes de los E.U. y la prensa representaban esos intereses. Como se advierte también, de parte de los mexicanos había deseo de realizar la venta por la ambición de alcanzar parte del producto. No eran ya solamente los que habían ido a vivir a Texas para agitar la revolución contra México; algunos que hemos mencionado, habían sido funcionarios en este país, por diversos y muy complicados motivos habían abrazado la causa de los texanos que, abiertamente estaba movida por el gobierno de los E.U. Lorenzo Zavala, cuyos estudios y trabajos son tan valiosos para la historiografía mexicana estaba, por desgracia, entre los renegados. En un escrito de 1835 decía al ministro mexicano Castillo y Lanzas que los texanos estaban preparados para repeler cualquier ataque de las tropas

¹⁸ *Ibid.*, p. 180.

mexicanas; tenían un contingente de seis mil hombres. A Zavala, por su ayuda, le habían ofrecido mil acres de terreno. Triste destino de un hombre respetable por otros conceptos. Era sabido que los rebeldes recibían armas de Nueva York donde se había formado un comité de ayuda, que recaudaba fondos entre los ricos, algunos de ellos con cargos importantes en la administración. A México llegaban informes de barcos artillados que salían de Nueva Orleans para ayudar a los texanos. Un destacamento militar, al mando del general mexicano Cos, era amagado constantemente por los rebeldes que disponían de mayores y mejores recursos.

También había allá amigos de México que opinaban que no era conveniente la venta de Texas en las condiciones que pretendía el gobierno norteamericano. Vender aquel territorio en diez millones, como finalmente se pretendía, no era buen negocio porque, dentro de poco, el mismo territorio tendría un valor superior a los cien millones. Además, no vendiéndose podrían subastarse los terrenos a cada colono y se obtendría así una renta anual considerable. Pero nada detenía los propósitos expansionistas. No bastaban las reclamaciones oficiales del gobierno a través del Ministro de Relaciones Interiores y Exteriores, porque siempre se argumentaba, por el Departamento de Estado, que aquella nación era neutral y no alentaba, pero tampoco reprimía, a sus ciudadanos que eran colonos en Texas. Simplemente aparecían como ajenos al conflicto.

Los contrastes en cuestiones de gobierno entre ambos países eran evidentes. Mientras los Estados Unidos habían tenido tan solo dos Presidentes entre 1825 y 1833 (John Quincy Adams y Andrew Jackson) en nuestra desgraciada República habíamos tenido ocho (Guadalupe Victoria, Vicente Guerrero, José Ma. Bocanegra, Anastasio Bustamenté, Melchor Múzquiz, Manuel Gómez Pedraza, Antonio López de Santa Anna, Valentín Gómez Farías; estos dos últimos habrían de turnarse el poder en cuatro ocasiones) eso sin contar el triunvirato que se designó en la transición entre la República Federal y la Central, el 29 de diciembre de 1829 (Pedro Vélez, Lucas Alamán y Luis Quintanar). Debido a esta irregularidad del gobierno cambiaban también los Ministros de Relaciones. Desfilaron por ese cargo los mejores talentos de la nación, de cuyas luces y patriotismo no podemos dudar, pero al no existir la suficiente fortaleza del gobierno, su labor no pudo ser lo provechosa que pudo haber sido. Pasaron por el cargo, desde la fecha

indicada: Lucas Alamán, Manuel Gómez Pedraza, Sebastián Camacho, Juan José Espinoza de los Monteros, Juan de Dios Cañedo, José María Bocanegra, Agustín Viezca, Manuel Ortiz de la Torre, José María Ortiz Monasterio, Bernardo González Angulo, Carlos García y Francisco María Lombardo. Una lista impresionante. Estos mexicanos tuvieron que lidiar con dos representantes de los Estados Unidos, sólo dos: Joel R. Poinsett y Anthony Butler. El contraste entre estas dos situaciones explica, en gran parte, las características que tomó, desde un principio, el asunto de límites, comercio y relaciones con la nación vecina.

Todo este periodo convulso de la historia de México se conoce como la era de Santa Anna. Este personaje está presente, para desgracia del país, en la mayor parte de los movimientos políticos que tuvieron lugar en México. Siempre tomó parte en los hechos fundamentales. Con su conocida veleidad, a veces se presentaba como defensor del orden, como conservador, como radical, como clerical, como anticlerical, pero siempre como salvador de la patria. Su mensaje fue escuchado y el pueblo le siguió fielmente porque carecía de una formación política y de las condiciones de vida que hubieran sido propicias para una determinación más justa acerca de la formación de su gobierno. Fue un producto de la herencia colonial, del autoritarismo de la metrópoli y de la corrupción de la mayor parte de los funcionarios de la Corona española en América.

La independencia de Texas

Las gestiones sobre la venta del territorio mexicano iniciadas por los encargados de negocios de los Estados Unidos: Poinsett y Butler, habían sido continuadas y reforzadas por sus sucesores en el cargo: Mr. John Forsyth y Powathan Ellis. Estos últimos recibieron instrucciones de ampliar las peticiones; ahora se incluía la petición del puerto de San Francisco, por el que se ofrecía otro millón de dólares, debido a que, decía el gobierno norteamericano que en ese lugar se facilitaba la pesca de ballenas y había compañías que deseaban dedicarse a ese negocio.

A las justas protestas de la cancillería mexicana sobre el apoyo que el gobierno de los E.U. prestaba, de manera ostensible, a los rebeldes

texanos, la Secretaría de Estado contestaba que no era verdad, pues aquel gobierno sostenía su neutralidad en el conflicto Texas-México, lo cual no pasaba de ser una burda deformación de los hechos. Finalmente dijeron que efectivamente había fuerzas armadas pero que estaban apostadas en territorio de los E.U. , tan sólo para protegerse de cualquier contingencia con motivo de la lucha. Nunca contestaron a la cancillería mexicana cuál consideraban ellos su territorio, en vista de que los lugares por ellos señalados jamás habían sido motivo de reclamación en el asunto de límites. Era territorio mexicano que ellos ya estaban usando como si fuera de su propiedad.

La intervención del general Gaines en 1837 fue una flagrante violación a todas las normas de convivencia civilizada entre dos estados, ante las justas reclamaciones de los mexicanos, ellos afirmaban que las fuerzas de Gaines sólo estaban para proteger la frontera, de nuevo sin definir cuál era ésta.¹⁹

El 2 de marzo de 1836 Texas declaró su independencia de México y se convirtió en República autónoma. Procedió, desde luego a organizar un gobierno provisional. El general Santa Anna, Presidente de México, decidió organizar un ejército que, bajo su jefatura, marcharía a combatir a los separatistas en aquel territorio. Logró reunir unos 6 000 soldados y marchó hacia el Norte. Iban, bajo su mando los generales Filisola, Urrea y Gaona. Con ese ejército tomó el camino menos adecuado y llegó con bastante penuria, alejado de centros de aprovisionamiento, tuvieron aquellos soldados un primer encuentro con el ejército texano, al mando del general Fannin, que marchaba en retirada, en El Alamo, que había de marcar uno de los episodios más sombríos de aquella guerra. Vencedores los mexicanos, Santa Anna, en la forma más imprudente e inhumana y fuera de las normas militares, ordenó el fusilamiento masivo de los prisioneros que se hicieron al enemigo. Este hecho mereció el repudio del gobierno de los Estados Unidos y aún de amplios sectores de la opinión pública mexicana. Había sido un acto de crueldad innecesaria. Este hecho bochornoso aconteció el 4 de marzo de 1836.

¹⁹ Vid. *Correspondencia que ha mediado entre la Legación Extraordinaria de México y el Departamento de Estado de los Estados Unidos sobre el paso del Sabina por las tropas que mandaba el General Gaines*. México, 1837.

Siguió su marcha el ejército mexicano y emprendió la persecución de las fuerzas del general Samuel Houston, que también marchaba en retirada con rumbo a la frontera de los Estados Unidos donde esperaba encontrarse con las fuerzas del general Gaines, como lo había concertado con los E.U. Houston fue alcanzado y derrotado en San Jacinto. Allí hubiera quedado totalmente liquidado si Santa Anna no hubiera ordenado la suspensión del ataque. Ciertamente, las tropas mexicanas estaban agotadas, pero sólo se requería un pequeño esfuerzo para alcanzar la victoria; aquella suspensión desatinada permitió a la gente de Houston rehacerse y en pleno día caer sobre los soldados de Santa Anna, agotados y dormidos, y tornar la derrota en triunfo de los texanos. Al día siguiente, Santa Anna cayó prisionero de las fuerzas de Houston. Único caso en la historia de nuestra patria en que el Presidente de la República es hecho prisionero por fuerza enemiga, de otra nacionalidad, aunque en un territorio que México seguiría considerando como propio. La toma de San Jacinto por los texanos fue también una carnicería; quedaron más de quinientos cadáveres, sobre todo del ejército mexicano. Siete meses permaneció prisionero Santa Anna en Texas. Lo primero que Houston pidió al Presidente fue el retiro de las fuerzas a su mando lo cual ordenó al general Filisola, que indebidamente cumplió tal orden. Luego presionado por sus captores, tuvo que firmar dos documentos que le presentó Thomas Rusk, Ministro de la Guerra en el gobierno de Texas, tomó el mando por estar herido Houston. Varios de los principales jefes de la nueva República pedían la muerte del Presidente mexicano, pero Rusk prefirió que firmara un documento público y otro privado. El primero se firmó en el puerto de Velasco el 14 de mayo de 1836, y consta de 10 cláusulas en las que Santa Anna se comprometió: "que no se levantará en armas ni ejercerá su influencia para que otros lo hagan contra el pueblo de Texas durante la presente guerra de independencia"; cesar de inmediato las hostilidades entre "las tropas mexicanas y texanas; las tropas mexicanas evacuarán el territorio de Texas y se pasarán al otro lado del Río Grande del Norte"; en su retirada se abstendrán de tomar cualquier cosa de propiedad de los habitantes de Texas; devolverán cualquier objeto o persona, desde luego esclavos negros, que se encuentren en su poder; las tropas de ambos países no entrarán en contacto y se mantendrán a distancia; la evacuación del ejército mexicano será inmediata y sólo se detendrá a recoger "sus

hospitales y bagajes", sin otra demora; este convenio será enviado, de inmediato, a los generales Filisola y Rusk, para su estricto cumplimiento; los prisioneros texanos serán puestos en libertad inmediatamente y provistos de pasaportes para regresar a sus hogares; los prisioneros mexicanos serán tratados con humanidad y cualquier comodidad será por cuenta del gobierno de su país; el general Santa Anna será enviado a Veracruz "tan pronto como se juzgue conveniente". Este convenio, parcial en todo a los vencedores, fue suscrito por David G. Burnett, Presidente de la República de Texas; Antonio López de Santa Anna, Presidente de la República Mexicana y General en jefe del ejército; James Collingworth, Secretario de Estado; Bailey Hardiman, Secretario de Hacienda; y P.H. Grayson, procurador General.²⁰

El convenio secreto entre Santa Anna y Rusk contenía el compromiso del primero para "emplear su influjo y valimiento para obtener que el gobierno de México reconociese la independencia de Texas con sus límites hasta el río Bravo"; Rusk quedaba comprometido a facilitar el embarco de Santa Anna, "puesto que era indispensable su regreso a México para comenzar a cumplir sus compromisos". Al ser liberado, el general partió a los Estados Unidos y conferenció con el Presidente Jackson. El mexicano se negó a tratar asuntos de política interna de su país y reaccionó violentamente cuando el Presidente norteamericano, sin ningún cuidado y de manera ordinaria, propuso una cantidad de dinero a cambio de Texas.²¹

Acto premeditado para tentar la ambición de Santa Anna, pues aquel territorio ya lo tenían en las manos. No se insistió más. El general partió para México y desembarcó en Veracruz el 20 de febrero de 1837.

Para los generales que participaron en aquellos sucesos no fue fácil la justificación de su conducta en Texas, ante la aprehensión de su general en jefe. El segundo en el mando. Vicente Filisola, fue quien recibió mayores recriminaciones de sus subalternos, sobre todo de los generales Juan José de Andrade y José Urrea, quienes le recriminaban por no haber intentado, a toda costa, la liberación de Santa Anna y la preservación del honor del ejército mexicano. Filisola reprodujo la

²⁰ El texto completo suscrito por Santa Anna en Alberto María Carreno. *México y los Estados Unidos de América*, pp. 46-47.

²¹ Quirarte, Martín. *Op.Cit.* p. 87.

orden que recibió del Presidente, desde el campo de San Jacinto, el 22 de abril de 1836: "Habiendo ayer tarde tenido un encuentro desgraciado la corta División que obraba a mis inmediaciones, ha resultado estar como prisionero de guerra entre los contrarios, habiéndoseme guardado todas las consideraciones posibles, en tal concepto prevengo a V. E. ordene al general Gaona contramarche para Béjar a esperar órdenes, lo mismo que verificará V. E. con las tropas que tiene a sus órdenes, previniendo así mismo al general Urrea se retire con su división a Guadalupe Victoria, pues se ha acordado con el general Houston un armisticio..."²². Todos los generales mexicanos cumplieron las órdenes del señor Santa Anna a través del general Filisola. Ahora sabemos la verdad o sea el compromiso de este sujeto que, en mala hora, representaba la más alta autoridad de México. Contra las opiniones en el sentido de que era preciso fusilarle, los jefes principales consideraron que era más valioso vivo, pues podrían sacar mayores ventajas, o sea la retirada del ejército mexicano que pudo haberlos derrotado o haber obligado al general Gaines de los Estados Unidos a intervenir a su favor, lo que hubiera puesto al descubierto los verdaderos planes del gobierno de los E. U.

Desde luego, el Congreso mexicano se negó a reconocer el convenio firmado por Santa Anna. Se acordó continuar la lucha, aunque aquella causa estaba perdida. Filisola fue sometido a un Consejo de Guerra. Se movilizaron tropas hacia la frontera, pero en todos los ciudadanos cundía el desánimo. La República de Texas fue reconocida por los Estados Unidos en 1837; por Francia en 1839; y por Inglaterra en 1840.

La República de Texas

Tan pronto como la nueva República fue reconocida por los E. U. los dirigentes texanos hicieron gestiones para anexarse al verdadero promotor de su "independencia". En 1837 solicitaron su anexión pero el Presidente Martín Van Buren rechazó la oferta con el argumento de que no deseaba entablar una guerra con México. Eso decía el mandatario en la Cámara de Representantes; en el fondo, lo que dificultaba

²² Manifiesto del General Filisola. Documento N° 2 s/n de pág., en: *Documentos para la historia de la Guerra de Tejas*. 2. México, reimpresión facsimilar de 500 ejemplares de Editora Nacional, 1952.

aquel acuerdo era la oposición de ocho estados de la Unión que eran contrarios a la incorporación de aquel conflictivo territorio. Es más, la opinión pública de los E.U. tampoco aceptaba esa solución, y los funcionarios eran cuidadosos, sobre todo de su porvenir político. Van Buren, Demócrata de New York, quería la reelección pero frente a él se formaba el Partido de los Whing. Aunque no por el asunto de Texas, perdió las elecciones en 1841 y entró a la Presidencia William Henry Harrison, de Ohio, primer mandatario de los Whig; quien fue sustituido por cuestiones de salud, en abril de ese mismo año. Entró al relevo John Tyler, del mismo partido, que terminó el periodo.

México no aceptó los hechos consumados. Insistió en reclamar aquella parte de su territorio, sin reconocer la independencia. Hubo una lucha diplomática en la que nuestros representantes reprochaban la violación a las leyes de neutralidad por parte de los E. U. pues era sabido por todos, pues se hacía a la luz del día, que el gobierno de aquel país introducía armas y toda clase de apoyos a los texanos, sus paisanos, en tanto que hacía reclamaciones infundadas a México. Las reclamaciones que hacían a nuestro país eran por perjuicios causados a ciudadanos norteamericanos desde la época en que dependíamos de España. Las reclamaciones eran ridículas y sólo encubrían parcialmente los verdaderos propósitos. Designaron representante suyo ante México al esclavista Powhatan Ellis, con instrucciones de presentar el pliego de reclamaciones y exigir que fueran satisfechas en el término de dos semanas; si el gobierno de México no daba la debida satisfacción, se podrían conceder otras dos semanas, al término de las cuales el citado encargado de negocios pediría su pasaporte y quedarían rotas las relaciones de los E. U. con México.²³

Por otra parte, el Departamento de Estado eludía constantemente las (esas sí) justas reclamaciones de México. Eran visibles las maniobras del ejército norteamericano en el territorio de nuestro país, en la frontera con Texas. Era una invasión descarada de aquella nación, pero ellos la justificaban apoyándose en una cláusula del tratado de comercio y comunicaciones firmado entre los dos países en 1831. En ese documento se decía que se haría frente a la invasión de tribus indígenas beligerantes que penetraran al territorio de cualquiera de los dos países. Si eran mexicanos, los E. U. podrían combatirlos; y también

²³ Carreño, Alberto María. *México y los Estados Unidos de América*, p.59.

al contrario, México podría expulsarlos y combatirlos. No se presentó ningún ataque de los indios, (los de Texas habían acabado con ellos desde que se establecieron las primeras colonias). Pero allí estaban las fuerzas del general Gaines dispuestas a combatirlos, es decir a intervenir en favor de los texanos, con tan infantil pretexto. El verdadero motivo de aquella maniobra era que el gobierno mexicano había dispuesto que en nuestra frontera norte hubiera siempre un destacamento militar, y eso les inquietaba.

En 1836 los texanos eligieron Presidente de la República a Samuel Houston; también nombraron representantes al Congreso, y se erigió el Senado. Se enviaron embajadores a los países que reconocieron la independencia de aquella nación. En el primer mensaje del Presidente Houston habló abiertamente de la anexión de aquella República a los E. U. Se envió, desde luego un representante cerca del gobierno estadounidense que, a su vez, una vez reconocida la independencia de aquel territorio, envió su Embajador que, para colmo y descaro, era un individuo, Mennican Hunt, ciudadano norteamericano. Tan identificados estaban en su maquinación para apoderarse de ese y de otros territorios de la nación mexicana. Por otra parte habían continuado las gestiones para la venta de California y Nuevo México; pero, como no encontraban vendedor, continuaran empleando la táctica de las reclamaciones, mediante presiones del embajador Ellis.

Entre tanto, la situación de México seguía siendo caótica. A la serie de levantamientos armados en diversos puntos del país vino a sumarse la guerra con Francia. Algunas absurdas reclamaciones por daños causados a ciudadanos de aquel país, ocasionaron la intervención armada de 1838. Fue tan ridículo aquel asunto que por las peticiones y origen ha sido llamada festivamente la *Guerra de los Pasteles*. Estos hechos distrajeron gravemente la atención del gobierno. De modo que, en los momentos en que aún reclamaban lo de Texas, tenía empeño en resolverlo, pero México era impotente para cualquier acción. Continuaba la inestabilidad del gobierno. Después de Santa Anna, vilipendiado y despreciado por su responsabilidad en la pérdida de Texas, entró a gobernar Miguel Barragán, y después de su repentina muerte, fue sustituido por José Justo Corro, que duró poco más de un año. Fue electo Anastasio Bustamante, quien habría de entregar el gobierno nuevamente a Santa Anna, que con su habilidad característica se presentaba ahora con nuevo ropaje de comediante para atraer a una

nación desmoralizada que se asía a él como a un clavo ardiente. En el momento oportuno, Santa Anna dejó en el poder a Nicolás Bravo y éste, otra vez, a Anastasio Bustamante. Como una farsa trágica, tras un breve interinato de Javier Echeverría, volvió al poder el indispensable López de Santa Anna, símbolo de una época de corrupciones, traiciones, fracasos y desorden. Santa Anna volvería al poder cinco veces más, con distinta bandera.

La República de Texas permaneció nueve años como nación independiente. Ese tiempo fue empleado por los codiciosos norteamericanos para preparar el golpe definitivo contra México, con el fin de arrebatarle otros territorios. México lo empleó en desgarrarse internamente. Cuantas veces se intentó enderezar la nave siempre surgieron las rebeliones de religión y fueros, que dio al traste con cualquier proyecto elevado. Yucatán, separado de la República Mexicana entre los años de 1837 a 1841, aprobó la supresión de los fueros civil y eclesiástico, la libertad de cultos y el juicio de amparo, conquistas que el país habría de conseguir muchos años después y a base de numerosos y tenaces esfuerzos de la generación liberal. Si el país hubiese aprovechado antes la experiencia de los yucatecos, las cosas hubieran sido mejores.

Su anexión a los Estados Unidos

En 1843 no eran los texanos quienes pedían su anexión a los E. U. sino el señor Upshur, Secretario de Estado norteamericano, en la Presidencia de Tyler. Este señor propuso el 7 de octubre esa medida, a pesar de las protestas de Almonte, representante nuestro ante aquel gobierno. Las respuestas que daban ante dichas protestas eran altaneras y fuera de toda norma diplomática. Como la gestión de Upshur no recibió respuesta se optó por dirigirse en forma amenazante a los texanos, urgiéndoles la anexión: "En lugar de ser, como debemos, sus mejores amigos, inevitablemente nos convertiremos en sus más acérrimos enemigos". El Tratado de anexión se firmó por fin el 2 de abril, siendo ya Presidente de los Estados Unidos James K. Polk y Secretario de Estado John C. Calhoun, a quien tocó firmar el documento respectivo. Este Tratado fue rechazado por el Senado de los Estados Unidos. Se deseaba mantener aquel conflicto para arrebatarse a México,

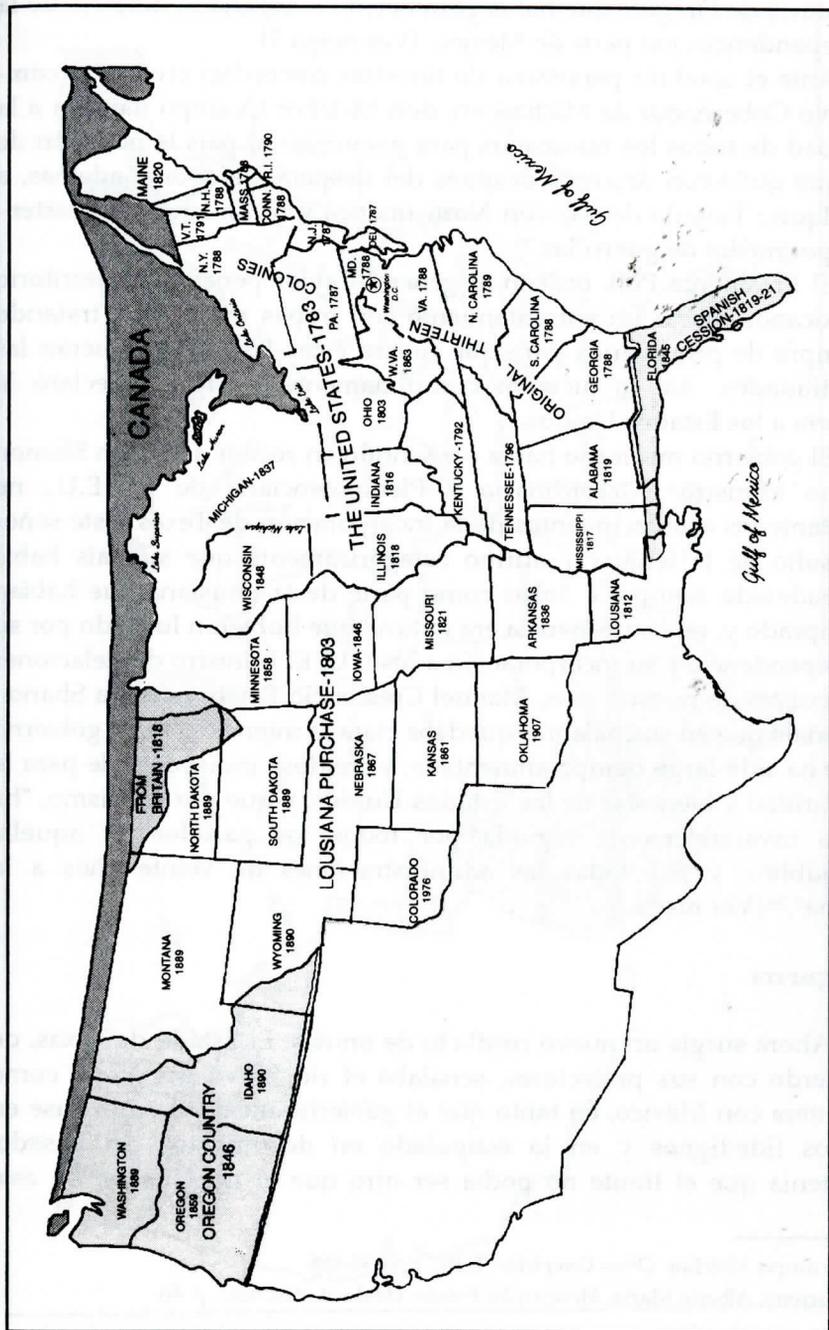
debilitado y dividido, una mayor cantidad de su territorio. El imperio calculaba bien sus pasos. Además, persistía la oposición de los Estados antiesclavistas que no deseaban el fortalecimiento del sur.

De hecho Texas pertenecía ya al poderoso país. Desde la declaración de independencia, la nueva República tenía por bandera una estrella solitaria, lo que era una clara referencia a su pretensión de ser una estrella más en el pabellón de las barras y las estrellas. Ansen Jones había sido electo Presidente de Texas, en sustitución del Samuel Houston, y todo se encaminó al propósito de ser parte integrante de la Unión Americana. Jones convocó a una convención para que el pueblo decidiera sobre la incorporación y, como era de esperarse, el resultado fue favorable y, en consecuencia, el 10. de marzo de 1845 el Senado aprobó la anexión. Con mucha razón el representante mexicano ante el vecino del norte, José María Bocanegra, dijo entonces: "Cesó el disimulo; cayó la barrera de la neutralidad; la causa de Texas no parece sino causa americana, y se hace valer y se deja correr y fomentar la idea de que nada sería actualmente más popular en los Estados Unidos, que la declaración de guerra contra México".²⁴

El acto final fue la declaración del Presidente Polk, el 29 de diciembre de 1845, en la que aceptaba todo lo hecho. El 19 de febrero de 1846, Pickney Henderson tomaba posesión como primer Gobernador del nuevo Estado de la Unión Americana. Se había consumado el despojo de aquel territorio de la República Mexicana, codiciado como hemos visto, desde el tiempo de la Nueva España. Fue tan ostensible nuestra responsabilidad en aquel hecho que el mismo Presidente Taylor, en su mensaje al Congreso en 1843 pronunció estas palabras: "Todas las naciones tienen su fuerte y su flaco; y si los mexicanos hubieran sido capaces de unirse y aprovechar las ventajas que esos contrastes pudieran haberles proporcionado, fácil hubiera sido que los norteamericanos más hubieran perdido que ganado en su guerra contra México".

Pero no todo terminaría aquí. A esto seguiría una campaña de provocación para obligar a México a declarar la guerra para la que ellos estaban preparados. No así los mexicanos que continuamos divididos en diversos bandos. Ellos demostraban, además, su insaciable rapiña, pues en el mismo año (1846) se apropiaron del vasto

²⁴ *Ibid.*, p. 71.



Mapa 5. Los Estados Unidos después de la apropiación de Oregon (1846).

territorio de Oregon, que había pertenecido a España y, después de la independencia, era parte de México. (Ver mapa 5).

Ante el sombrío panorama de nuestras discordias civiles, el combativo Gobernador de Michoacán, don Melchor Ocampo llamaba a la unidad de todos los mexicanos para garantizar al país la posesión de lo que quisieron dejarnos después del despojo. Se opone, además, a cualquier Tratado de paz con Norteamérica y recomienda la resistencia por medio de guerrillas.²⁵

El Presidente Polk ordenó al general Taylor penetrar en territorio mexicano, buscar un enfrentamiento con tropas mexicanas, tratando siempre de provocarlos para que fueran éstas las que rompieran las hostilidades. Así lo hicieron cumplidamente y México declaró la guerra a los Estados Unidos.

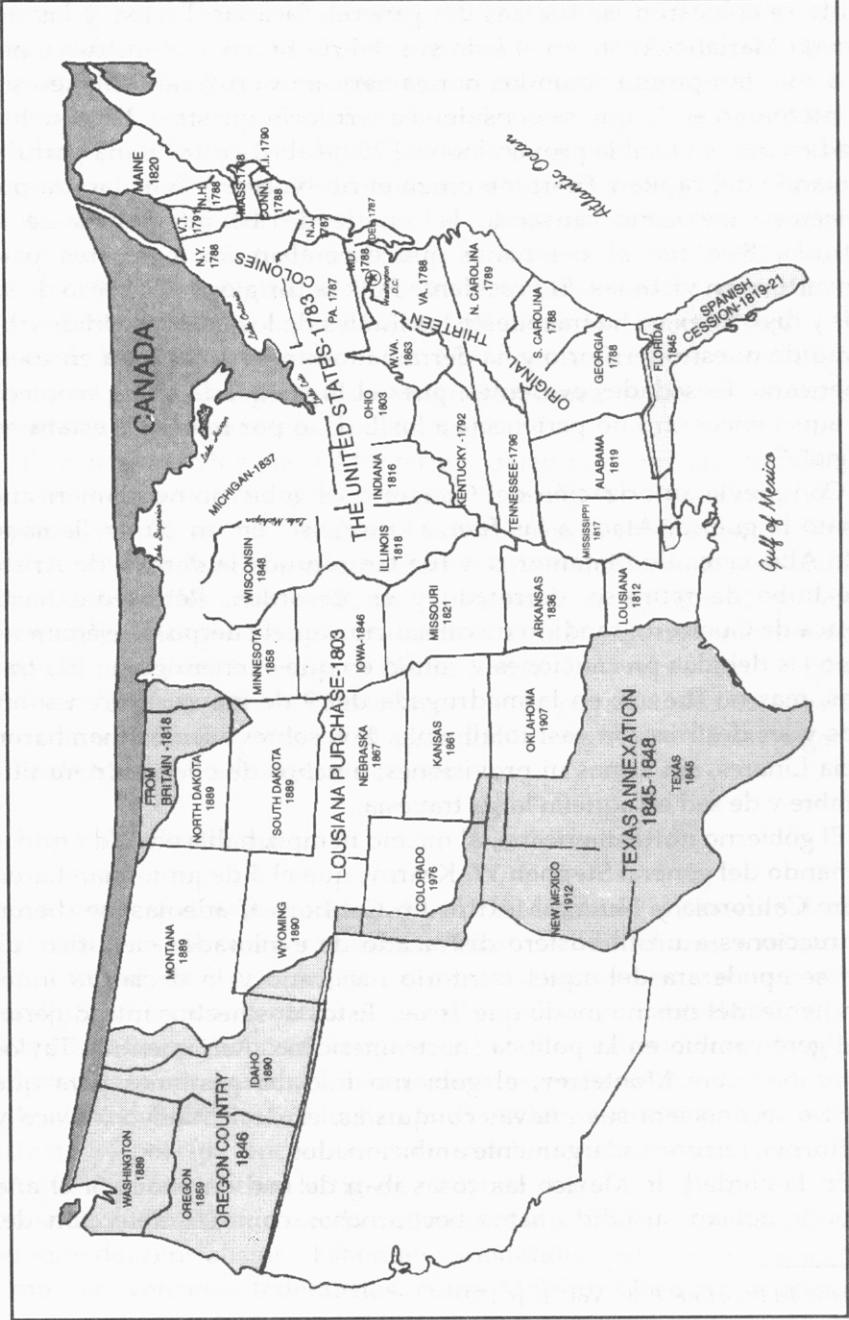
El gobierno mexicano había consentido en recibir a Wilson Shanon como Ministro Extraordinario y Plenipotenciaria de los E.U., no obstante los acontecimientos de la incorporación de Texas. Este señor se soltó de la lengua y afirmó categóricamente que su país había considerado siempre a Texas como parte de la Lousiana que habían comprado y, en consecuencia era natural que hubieran luchado por su independencia y su incorporación a los E.U. El Ministro de Relaciones Exteriores de nuestro país, Manuel Crescencio Rejón, refutó a Shanon y señaló que en sus palabras quedaba clara la intención de su gobierno que ha sido largo tiempo alimentada, y creídose indispensable para la seguridad y bienestar de los Estados Unidos, y que por lo mismo, "ha sido invariablemente seguida por todos los partidos de aquella República, y por todas las administraciones de veinte años a la fecha".²⁶ (Ver mapa 6).

La guerra

Ahora surgía un nuevo conflicto de límites. El Estado de Texas, de acuerdo con sus protectores, señalaba el río Bravo del Norte como frontera con México, en tanto que el gobierno mexicano, con base en datos fidedignos y en lo estipulado en documentos del pasado, sostenía que el límite no podía ser otro que el río Nueces. En este

²⁵ Ocampo, Melchor. *Obras Completas*. T. III, pp. 185-188.

²⁶ Carreno, Alberto María. *México y los Estados Unidos de América.*, p. 86.



Mapa 6. Los Estados Unidos con la anexión de Texas

punto se colocaron las fuerzas del general Zacarías Taylor, y las del general Mariano Arista en el lado sur del río Bravo, con instrucciones de actuar tan pronto como los norteamericanos cruzaran el Nueces y se internaran en lo que se consideraba territorio nuestro. En aquellas condiciones era fácil la provocación; el 25 de abril de 1846 una patrulla al mando del capitán Thornton cruzó el río Nueces y fue atacada por el ejército mexicano causando la muerte de los integrantes de la patrulla. Este fue el detonante que esperaban los agresores para convertirse en víctimas. El Presidente Polk se dirigió al Congreso de su país y dijo: "México ha traspuesto los límites de los Estados Unidos, ha invadido nuestro territorio y ha derramado sangre americana en suelo americano. Falsedades evidentes, pues el lugar donde había acontecido aquel encuentro no pertenecía a los E. U. o por lo menos estaba en litigio".²⁷

Con previa autorización del Congreso, el gobierno norteamericano desató la guerra. Atacó a las fuerzas de Arista en un punto llamado Palo Alto, cerca de Matamoros, y fue tan rotunda la derrota de Arista que hubo de retirarse, derrotado y en desorden. Retrocedió hasta Resaca de Guerrero; rendido de cansancio, aquel cuerpo de ejército no tomó las debidas precauciones y confió en que el enemigo no iría tras ellos, mas no fue así; en la madrugada del 9 de mayo cayeron sobre ellos y les destrozaron casi totalmente. Los sobrevivientes marcharon hacia Linares, sin armas ni provisiones; muchos de ellos murieron de hambre y de sed en aquella larga travesía.

El gobierno norteamericano, al mismo tiempo, había enviado tropas al mando del general Stephen W. Kearny, que el 5 de junio marcharon sobre California y Nuevo México. En California, además, se dieron instrucciones a un filibustero disfrazado de explorador científico, de que se apoderara del aquel territorio mexicano y lo declarará independiente, del mismo modo que Texas. Estos dos hechos introdujeron un ligero cambio en la política norteamericana. Así, mientras Taylor avanzaba sobre Monterrey, el gobierno iniciaba gestiones para que México reconociera sus nuevas conquistas, es decir Nuevo México y California, territorios largamente ambicionados.

En la ciudad de México las cosas iban de mal en peor. Si el año anterior habían sucedido actos bochornosos como la defección del

²⁷ *Diario del Presidente Polk*. Vol. II, p. 172.

general Paredes Arrillaga que, en vez de marchar a la frontera con un ejército de 6 000 hombres que, con mucho sacrificio, había logrado reunir y armar el Presidente Herrera, se regresó del camino para atacar la capital del país y posesionarse del gobierno. Ahora se daba la rebelión de los jóvenes voluntarios reclutas que habían sido armados para marchar al frente de batalla, se rebelaron contra el gobierno y recibieron la mofa del pueblo que les llamó los "polkos", seguramente porque de ese modo hacían el juego al gobierno de Polk. El pretexto de aquellos jóvenes había sido la disposición del Vicepresidente Gómez Farías de afectar los bienes del clero para hacer frente a las necesidades de la guerra con los E. U. Santa Anna regresó con urgencia a la capital y derogó la disposición de Gómez Farías y se dispuso a marchar al frente para repelar al invasor.

El general Taylor atacó Monterrey, defendido por las fuerzas del general Pedro Ampudia, que resultó vencido y se rindió el 24 de septiembre. El general norteamericano, observante estricto de las normas civilizadas de la guerra, permitió la retirada de los mexicanos con todos los honores militares. Su actitud no agradó al gobierno norteamericano que hubiera deseado una matanza de prisioneros, y dispuso que fuera el general Wilfred Scott en vez de Taylor quien atacara Veracruz (desde el comienzo de la guerra todos los puertos mexicanos habían quedado bloqueados) y marchara hasta llegar al valle de México y a la capital del país.

Retorno al federalismo

La situación política del país sufrió cambios en medio de las circunstancias de la guerra internacional. No era el mejor momento para cambiar de forma de gobierno con un ejército extranjero combatiendo en el territorio nacional, pero los gobiernos centralistas habían llegado al límite y, considerándose impotentes para detener el avance del enemigo, entregaron el poder, aunque no de modo pacífico, a los federalistas. Estos venían luchando desde hacía mucho tiempo por su sistema y, por fin, encontraron los medios de ponerlo en práctica, aunque seguía presente la figura de Santa Anna convertido ahora en ferviente federalista, cuando antes él había sido el representante genuino del centralismo. Esta nueva modalidad permitió a destacados y muy convencidos federalistas, como Melchor Ocampo, ocupar los

gobiernos de los Estados de la República. Ocampo ocupó la gubernatura de Michoacán y, con los apremios de la guerra, dedicó gran parte de su esfuerzo en alentar al pueblo a la defensa de la nación; organizó el Batallón Matamoros que participó con honra en los combates contra la invasión extranjera.²⁸

Electo Presidente Santa Anna, dejó en el cargo a Gómez Farías y se concentró con el ejército en San Luis Potosí donde, como era su costumbre, se dedicó a la frivolidad y al despilfarro en vez de trazar un plan de campaña que hubiera sido necesario en aquel momento. Más de tres meses permaneció en San Luis y por fin salió a combate el 28 de enero. Antes habían salido los cuerpos de caballería al mando de los generales Torrejón, Juvera, Andrade y Miñón, que ya se encontraban en el terreno de batalla. Miñón había sorprendido a un destacamento de norteamericanos y les había hecho algunos prisioneros.

Los norteamericanos, que se habían estacionado en Aguanueva, fueron perseguidos hasta allí por el ejército mexicano, trabándose el combate en un lugar llamado La Angostura. En ese histórico lugar se libró una de las más encarnizadas batallas y nuestros soldados demostraron valentía y espíritu de sacrificio. Lucharon hasta el agotamiento y tuvieron la victoria en sus manos. Aquel día, 23 de febrero de 1847, hubiera sido uno de los más notables en los anales mexicanos, de no haber intervenido la impericia o falta de conocimientos estratégicos del general en jefe que, en los momentos en que hubiera bastado un esfuerzo más de los soldados para la derrota del enemigo, ordenó la retirada con el pretexto de que la gente estaba muy cansada y carente de alimento. La retirada equivalió a una derrota.²⁹ Pero esos errores fueron característicos de Santa Anna, personaje que merece un estudio más profundo, no obstante los que han hecho Rafael F. Muñoz y José Fuentes Mares. Una personalidad compleja que llenó el escenario político de una época, en una sociedad que lo mismo le vituperaba con desprecio que le aclamaba con delirio.

²⁸ Ocampo, Melchor. *Discurso de despedida del batallón Matamoros*. En: *Op.Cit.*, pp.192-193.

²⁹ Varios. *Apuntes para la historia de la Guerra entre México y los Estados Unidos. (1846-1848)*. México, ediciones y prólogo de Antonio Castro Leal. México, Editorial Porrúa, S.A. Colección de Escritores Mexicanos, 1947. 3 volúmenes, pp. 91-104 (con un croquis). También: José María Roa Bárcena. *Recuerdos de la invasión norteamericana*, T.I, pp. 157-209.

La acción de La Angostura fue presentada a su modo por Santa Anna. Además de la razón del cansancio físico de sus tropas, dijo que todo hubiera resultado diferente si el general Miñón hubiera atacado la retaguardia del enemigo, según sus instrucciones. Habló de someter al General a un consejo de guerra; esta era otra de sus constantes argucias. Los norteamericanos que, según los diarios de sus jefes, se daban ya por derrotados, se quedaron inactivos. No habían sido vencidos pero sí muy golpeados. Se ha hablado de que Santa Anna envió un emisario que propuso a Taylor la rendición de los mexicanos, y que el jefe norteamericano había mandado dos oficiales al campo enemigo. Es decir que negociaron la victoria. Aunque esto no ha sido comprobado, todo podía esperarse de ese general de sainete.

Nuestro ejército se retiró a San Luis. En esa ciudad el general en jefe ordenó encarcelar al general Miñón, dolido sobre todo por las críticas que éste externó sobre la responsabilidad de Santa Anna en los sucesos de La Angostura. Las operaciones militares en territorio mexicano quedaron suspendidas. El ejército norteamericano, sin embargo, no se encontraba inactivo. Las fuerzas destacadas en California y Nuevo México habían logrado su objetivo es decir la toma de aquellos territorios, que contaban con defensas casi insignificantes. El general Scott desembarcó en Veracruz y se internó en nuestro país.

El general en jefe del ejército mexicano marchó de San Luis a la ciudad de México, interesado ante todo en la situación política y en conservar el gobierno. Mezquindades que facilitaron en gran parte el destino de la guerra en favor de los invasores. Luego del desembarco de Scott se movilizó hacia aquella región y se dispuso para afrontar al enemigo en un punto llamado Cerro Gordo. El desembarco y el avance de los invasores habían tenido una fuerte resistencia de los cuerpos de ejército allí acantonados y de la población civil. La ciudad y puerto fue bombardeada por los extranjeros, que lograron la capitulación después de mucho castigo sobre los heroicos defensores. Esas fuerzas fueron las que se aprestaron al combate de Cerro Gordo, a seis o siete leguas de Jalapa en el camino a Veracruz. Los mexicanos se atrincheraron en el cerro del Telégrafo y los norteamericanos en el de Atalaya.

El 17 de abril de 1847 se iniciaron los combates, sin que las fuerzas de los generales Scott, Twiggs y Harney logran vencer la resistencia de los mexicanos. Al día siguiente, el ataque fue más fuerte y los enemigos lograron tomar el cerro del Telégrafo y ocasionar la muerte

del general Ciriaco Vázquez, lo que ocasionó un serio descontrol entre las tropas. Posesionados los invasores del cerro, el ejército mexicano capituló y, en derrota, se dirigió hacia Jalapa, en completo desorden. Fueron considerables las bajas y el número de los prisioneros mexicanos; se perdió, también, armamento y piezas de artillería; los fusiles mexicanos fueron destruidos porque los invasores dijeron que, por su mal estado, no les eran útiles. Santa Anna se quedó en Orizaba con una escasa guarnición. En tanto los norteamericanos llegaron a Puebla y así quedaron a un paso de la capital del país.³⁰

En la capital del país vecino, el presidente Polk y los miembros de su Gabinete se reunían casi diariamente para tomar acuerdos relacionados con la guerra. Las victorias alcanzadas por sus tropas daban al señor Polk la seguridad de que, mediante una poca de presión, los mexicanos estarían dispuestos a firmar un Tratado de paz sin que se hiciese necesario avanzar hasta la capital del país. El Secretario de Estado, James Buchanan, esbozó los términos de dicho Tratado: se exigiría la cesión de los territorios de Nuevo México, la Alta y la Baja California y un paso permanente por el istmo de Tehuantepec. Sugirió el envío de un representante de los E. U., con plenos poderes para negociar el monto de la compensación que podría ofrecerse, descontados ya los cargos que se harían por reclamaciones de los ciudadanos norteamericanos y por gastos de la guerra. Se propusieron 15 millones, pero se podría llegar hasta el doble, dada la importancia del territorio cedido. Se opinaba que el ejército norteamericano no debería avanzar hasta la capital de México, pero Polk, con furia inaudita, anotó en su diario: "Yo repliqué a Buchanan que difería de su opinión, y que no solamente marcharía yo hasta la ciudad de México, sino que perseguiría yo al ejército de Santa Anna donde quiera que estuviese para capturarlo o destruirlo. Manifesté la opinión de que si yo tuviera un Comandante del Ejército adecuado que dejara a un lado reglas técnicas de la guerra que se enseñan en los libros y que requieren largos trenes de carros de carga; uno que caminara aprisa y se moviera rápidamente, no tenía duda de que Santa Anna y todo su ejército podrían ser destruidos o capturados en poco tiempo".³¹ Ese era el tipo de mandatario que dirigía los destinos de aquella nación: agresivo,

³⁰ Varios, *Op. Cit.*, pp. 105-122; José María Roa Bárcena. *Op. Cit.*, T.II, pp. 9-90.

³¹ *Diario del Presidente Polk*, T. I, p. 238.

soberbio y carente de escrúpulos. El Gabinete estuvo de acuerdo en designar a Nicholas P. Trist para que se entrevistara con las autoridades de México a las que presentaría un proyecto de Tratado de paz.

Trist, enviado especial de los E. U

La llegada del enviado especial fue confidencial. Se había previsto que ni siquiera la opinión pública de los E. U. debería enterarse; sin embargo, la previsión de Polk fue burlada y las instrucciones de Trist trascendieron a los periódicos. Amplios sectores sociales de aquel país no estuvieron conformes con este proceder que envilecía la política exterior. En el fondo y como parte del problema de la guerra contra México estaba el asunto de la esclavitud. La conquista de Texas, mediante el procedimiento que hemos visto, y de los otros territorios por medio de la guerra, tenían por objeto fortalecer a los Estados esclavistas del sur de los E. U. Así lo vieron los abolicionistas y pacifistas William Jay y Abiel Abbot Livermore, quienes condenaron la guerra por su propósito esclavista. Houston, en Texas, había dejado claro que en el nuevo Estado se continuaría con el comercio de esclavos que se compraban en la isla de Cuba para contar con mano de obra para la agricultura sureña; y cuando México quiso introducir en el Tratado de paz una condenación al esclavismo en los territorios que pasaban a la nación vecina por la fuerza, el gobierno de aquel país se opuso tenazmente. Años después ese asunto habría de provocar en los E. U. una guerra civil.

Un grupo de colonos irlandeses que se habían establecido en Texas fueron enrolados en el ejército agresor de México y, como militantes del ejército de los E. U. Pronto se dieron cuenta de que habían sido víctimas de un engaño y decidieron pasar al bando contrario y defender los intereses de México. Católicos, emigrantes de su patria, se convencieron de que nada los unía a los angloamericanos anexionistas y esclavistas. A sus oídos y a su corazón habían llegado las palabras de William Jay: "Dudamos grandemente de que la historia de la guerra moderna registre una orden tan opuesta a los dictados más elementales del patriotismo, la justicia y la humanidad". Formaron el Batallón de San Patricio. "Aquellos hombres que en su inmensa mayoría habían

salido de su patria huyendo de la injusticia y que buscaban en Estados Unidos el 'paraíso prometido', habían sido villanamente engañados al arrastarlos a la guerra. La Verde Erin, así como México, eran pueblos débiles y víctimas del saujón".³²

El general Scott, que trabajaba por su candidatura a la presidencia de los E. U., se consideró agraviado con el envío de Trist. Este debería entregar sus órdenes al general para que éste las hiciera llegar al gobierno mexicano. Hubo rivalidad entre ambos, así como la que había entre los generales Taylor y Scott, ambos aspirantes a ser postulados por el Partido Wigh a la presidencia. Scott perdió todo, pues el siguiente Presidente fue Taylor.

La misión de Trist se inició en Puebla y llegó a conocimiento del Secretario de Relaciones Exteriores, José Ramón Pacheco, quien turnó el caso al Congreso. Historiadores norteamericanos, como Ripley, hablan de una negociación privada de agentes de Santa Anna, que pedía un anticipo de un millón para cohechar a los diputados, pues él no contaba con la simpatía de la mayoría del Congreso. Sea cierto o no esto, de todos modos las negociaciones se prolongaron por algún tiempo. Scott y sus generales decidieron proceder de inmediato a la continuación de la guerra, sin esperar el resultado de las gestiones de paz.

En la ciudad de México se preparaban para la defensa con todos los medios disponibles. Los enemigos avanzaron por Chalco y Ayotla y, tras un rechazo en San Jerónimo, avanzaron hacia Padierna, donde se libraron los combates los días 19 y 20 de agosto, en medio del desorden, la insubordinación y la franca defección de los generales que mandaban el ejército. El resultado que parecía favorable a nuestras fuerzas, se convirtió en una derrota más de las armas nacionales. Nuevamente se atribuyeron a Santa Anna los resultados de aquella acción. Primero, hizo un buen plan de defensa, pero luego no se movilizó en el momento oportuno y se produjo la derrota.³³

El avance del ejército norteamericano se produjo incontenible. Pretendieron los mexicanos fortificarse en el puente de Churubusco que, mal provisto de municiones, cayó en poder del enemigo. Los mexicanos, con el ejemplo de su jefe, el general Anaya, resistieron en el

³² Cox, Patricia. *Batallón de San Patricio*. México, La Prensa, 1963.

³³ Varios. *Op.Cit.*, pp. 231-242; José María Roa Bárcena. *Op. Cit.* T. II, pp. 213-253.

convento de Churubusco, pero la falta de parque ocasionó una nueva derrota.

El armisticio

Se pactó entonces, entre las partes beligerantes, un armisticio, propuesto por los invasores que, a pesar de sus victorias, se encontraban en difíciles condiciones. Esta tregua se prolongó desde el 21 de agosto hasta el 8 de septiembre de 1847. Los términos del cese el fuego garantizaban la atención de heridos, el canje de prisioneros y la provisión de abastos comestibles para ambos bandos. Se planteó la necesidad de empezar a discutir los términos de un tratado que pusiera fin a la guerra, para lo cual se requería la reunión del Congreso. Se citó a reunión y sólo unos cuantos diputados se presentaron; no hubo quórum. Parece mentira semejante falta de responsabilidad de aquellos Representantes del pueblo. El día 24, en junta de Ministros se acordó presentar dos puntos preliminares de las negociaciones. Uno, señalar el lugar en que se reunirían los comisionados; el otro, que si los E. U. habían pretendido agrandar su territorio, que se quedaran con lo que ya habían tomado; que si deseaban una ratificación de parte de la nación mexicana, no habría tratado y la guerra continuaría. Las otras bases que se propusieron fueron: el reconocimiento de la independencia de Texas, pero con los límites que tenía en 1819 y no con los que arbitrariamente se la habían señalado; la evacuación del país de toda fuerza invasora y el levantamiento del bloqueo de nuestros puertos, para tratar respecto a la Alta California, aunque fuera tan sólo el puerto de San Francisco en calidad de factoría y no como límite; para el pago de reclamaciones; éstas deberían darse por saldadas con el valor de las concesiones otorgados a ciudadanos texanos; "que los Estados Unidos se comprometiesen a no consentir la esclavitud en la parte del territorio que definitivamente adquiriesen"; establecer en todo caso normas de reciprocidad entre ambas naciones. Se nombraron comisionados para que negociaran con el señor Trist. José Joaquín de Herrera, José Bernardo Couto, Ignacio Mora Villamil, Miguel Atristain y, como secretario y traductor, José Miguel Arroyo. Nicholas

P. Trist no requería traductor porque hablaba nuestra lengua por haber sido cónsul en Cuba.³⁴

La base novena del armisticio provocó problemas pues, al entrar carros del ejército norteamericano a la plaza principal de la ciudad para adquirir comestibles, fueron recibidos con pedradas e insultos. El pueblo reaccionaba con natural hostilidad contra el enemigo.

En las negociaciones, Mr. Trist presentó un proyecto de tratado, que consistía en once artículos; destacaba, desde luego el 4º que señalaba los nuevos límites: se quedaban con todo, del río Bravo hacia el norte; quedaba pendiente en el 5º la cantidad que habría de fijarse como indemnización. Los comisionados mexicanos entregaron al señor Trist un contraproyecto en el que delineaban la política señalada por el gobierno. Finalmente, la única petición que se hacía era la conservación de Nuevo México y la fijación de los límites de Texas, proposición que estaba muy lejos de ser aceptada por la parte contraria. Estancadas las negociaciones, el gobierno mexicano comunicó a los comisionados su posición definitiva: "en el Nuevo México y en las pocas leguas que median entre la derecha del Nueces y la izquierda del Bravo, están la paz o la guerra. Si el comisionado de los Estados Unidos no deja al gobierno mexicano escoger más que entre esta cesión y su muerte, en vano le mandó su gobierno; desde antes pudo asegurarse cuál sería la respuesta. Si también los Estados Unidos han hecho su elección, y prefieren la violencia o nuestra humillación, ellos serán los que den cuenta a Dios y al mundo". Scott, por su parte, el día 6 manifestó que ya se habían prolongado demasiado las pláticas y que, sin aviso previo, podría romper el armisticio.³⁵

La guerra, de nuevo

Scott había recibido informes de que en un edificio llamado Molino del Rey, al occidente de Chapultepec, se fundían cañones para la defensa de la ciudad, y dispuso que salieran tropas de asalto a destruir aquella instalación y regresaran a sus cuarteles. Los mexicanos, consideraron que aquel lugar les sería favorable y se parapetaron allí. Con muchos esfuerzos y pérdidas humanas y materiales, los nortea-

³⁴ Varios. *Op. Cit.*, 259-288; José María Roa Bárcenas. *Op. Cit.* T. II, pp. 309-378.

³⁵ Varios. *Op. Cit.* p. 280; José María Roa Bárcenas. *Op. Cit.* T. II, p. 339.

americanos lograron dominar la situación. Hubo nuevos razgos de heroísmo de los mexicanos, pero desorganización en sus mandos; la insubordinación de algunos jefes a las órdenes de Santa Anna, hizo que el Molino del Rey y Casa-Mata cayeran en poder del enemigo. El general en jefe se fue a dormir a Palacio y no estuvo presente en este decisivo combate.³⁶

El Castillo de Chapultepec se encontraba fuertemente artillado y desde allí se estuvo apoyando a los defensores de Molino del Rey. Las bajas que tuvieron los invasores se debieron a los disparos desde Chapultepec. Ellos perdieron cerca de 800 hombres y algunos de sus mejores oficiales. Por los defensores hubo que lamentar la muerte del valiente coronel Lucas Balderas. "Scott quedó en toda esta campaña como un mediano comandante; por eso, Carlos Marx se expresaba de él con tanto desprecio: Scott no era más que un imbécil ordinario, mezquino, cominero, sin talento, charlatán que, persuadido de que todo lo debía al valor de sus soldados y a la pericia de sus divisionarios, recurría a tretas condenables para obtener la gloria... un consejo de guerra que se respete la mandaría fusilar".³⁷

El Castillo quedó bajo las órdenes del general Nicolás Bravo, auxiliado por el general Mariano Monterde, director del Colegio Militar, los invasores habían hecho una finta en la garita de Niño Perdido y Santa Anna se movilizó hacia allá cuando el verdadero objetivo del enemigo era el Castillo. El día 12 comenzó el asedio apoyado por la artillería, que les permitió el avance; comenzó el ataque desde las 5 de la mañana y aún se combatía a las 7 de la noche. Dicen los autores de la *Historia de la guerra entre México y los Estados Unidos*, que Santa Anna nunca supo cuáles eran los puntos principales de sus posiciones ni los del enemigo, y por eso fallaba siempre. En el ataque a Chapultepec, que se intensificó desde la madrugada del día 13, creyó que los enemigos no atacarían el castillo y por ello no reforzó debidamente la defensa. Los defensores morían en sus posiciones. Cayó el coronel Xicotécatl y otros abnegados jefes. En la fase final intervinieron los alumnos del Colegio Militar y perecieron el teniente Juan de la Barrera, y los subtenientes Francisco Márquez, Fernando

³⁶ Varios. *Op. Cit.* pp. 289-301; José María Roa Bárcenas. *Op. Cit.* T. III, pp. 9-56.

³⁷ De P. Toledo, Domingo. *México en la obra de Marx y Engels*. México, Fondo de Cultura Económica, 1939, pp. 15-16.

Montes de Oca, Agustín Melgar, Vicente Suárez y Juan Escutia, los conocidos como "niños héroes". Ya no eran niños pero sí se les debe considerar héroes que, que unidos a todos los que perdieron la vida en esa guerra, merecen nuestro tributo por su patriotismo y su defensa denodada del territorio de nuestra patria.³⁸

Con la toma de Chapultepec quedó consumada la conquista de la ciudad de México. Los invasores perdieron en las acciones de Chapultepec una quinta parte de sus efectivos. Fueron muertos y heridos numerosos jefes y oficiales.

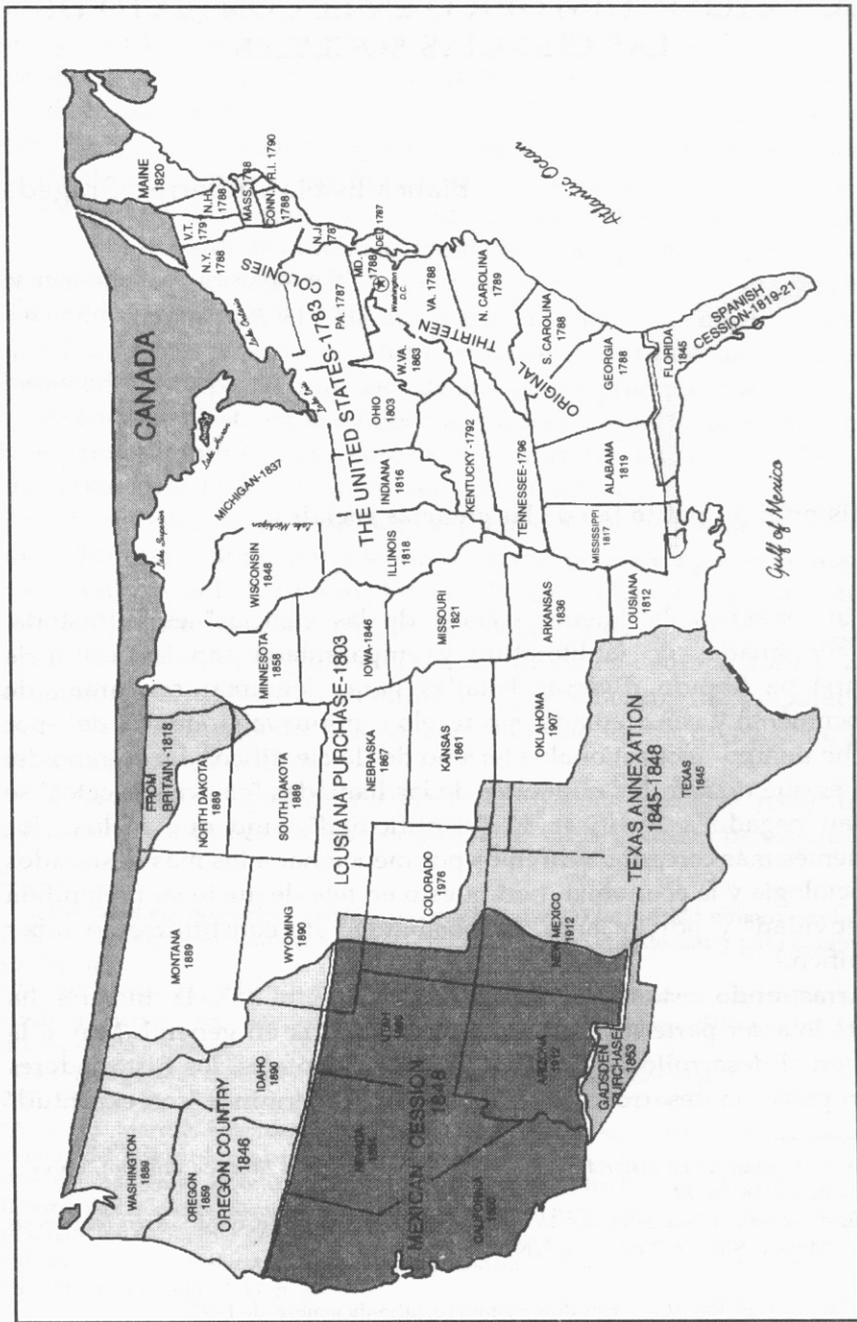
Los habitantes de la ciudad vieron con asombro, dolor y profunda tristeza la bandera de las barras y las estrellas ondeando en el Palacio Nacional el 15 de septiembre de 1847. Los habitantes no se resignaron y hubo algunos francotiradores que atacaron a los ocupantes. Scott dio la orden bárbara de arrasar la manzana de donde saliera un tiro contra sus soldados. El ejército mexicano se retiró vencido de la ciudad, y aún en la retirada hubo desorganización y caos.

Los Tratados de Guadalupe Hidalgo fueron la culminación de estos acontecimientos. Preferimos dejar la palabra al historiador Martín Quirarte: "El 11 de noviembre de 1847 se designa Presidente interino a don Pedro María Anaya quien asume el mando el día siguiente. El 8 de enero de 1848, volverá Peña y Peña de nuevo a la Presidencia de la República. El insigne magistrado, paradigma de rectitud y de honradez sobreponiéndose a la censura pública y desafiando las iras de los exaltados, cedió a las exigencias del país invasor. Se había discutido largamente tratando de salvar la mayor cantidad de territorio patrio de la codicia de los vencedores.

El 2 de febrero de 1848 se firmó en Guadalupe, Hgo., el tratado de Paz. Texas con su límite hasta el Río Bravo, Nuevo México y Alta California pasaron a poder de la República vecina. El país derrotado recibía 15 millones de pesos, como pago por uno de los despojos territoriales más vergonzosos de la historia".³⁹ (Ver mapa 7).

³⁸ Varios, *Op. Cit.*, pp. 302-324, José María Roa Bárcena, T. III, pp. 57-112.

³⁹ Martín Quirarte, *Op. cit.*, pp. 104-105.



Mapa 7. Los Estados Unidos con el territorio arrebatado a México en 1847 y la venta de La Mesilla (1853)